EL COJO ILUSTRADO

AÑO I — 15 DE AGOSTO DE 1892 — Nº 16

PRECIO
SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS
J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO – CARACAS – VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL
(4,000 EJEMPLARES)
DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

SUMARIO

TEXTO.—NUESTROS GRABADOS.—*El Progreso*, poesía inédita por Heraclio M. de la Guardia.—*Boves*, por A. Rojas.—*El Redentor*, soneto inédito por el señor Vicente Coronado.—*La Gota de Rocío*, poesía de Cecilio Acosta.—*La Crisis*, artículo inédito por F. de Sales Pérez.—*Notable solecismo*, por el señor Ermelindo Rivodó.—*El Crédito*, artículo inédito de J. J. Breca.—*Como estamos!* por David.—VARIA.—*El Tocador*, por la baronesa Staffe.—*Omnipotencia de Eros*, por el Dr. R. Villavicencio.—*Melodía*, poesía de Miguel Luis García.—VARIA.—*Los por qué de la señorita Susana*.

GRABADOS.—CARACAS: *Ruinas de la Merced*, dibujo al lápiz por Ramón Otero.—*Funerales de Boves en Calabozo-1814*, dibujo á la pluma.—*La resucitada del cólera*, boceto de Ramón Bolet.—CARACAS: *Vista del Guaire tomada dentro del río*.—*El Avispero*, cuadro de Baugereau.—CARACAS: *Almacén de la Compañía Francesa*, de fotografía.—ESPAÑA: *Damas de Granada*, de fotografía.—*La Cocinera*, dibujo á la pluma por A. Herrera Toro.—CARABOBO: *Pueblo de la Independencia*, fotografía de A. Roche.—*Los Roques*, de fotografía.—SUPLEMENTO.—CARACAS: *Laguna del Paraíso*, de fotografía.—*Puente del Paraíso*, de fotografía de A. Roche.—MUSICA: *Melodía*, de Salicrup.

☞Nuestros lectores observarán que todo lo que hoy publicamos es inédito.



CARACAS — RUINAS DE LA MERCED

(COLECCIÓN ARISTIDES ROJAS)

NUESTROS GRABADOS

Ruinas de la Merced (hoy plaza Falcón)

Ya va desapareciendo la memoria entre la generación presente de estas ruinas que fueron las de un convento de frailes, famoso en tiempos de la colonia; siendo causa de su destrucción el terremoto de Caracas del año de 1812.

Estas ruinas sirvieron de modelo para uno de los primeros trabajos de nuestro inolvidable artista Cristóbal Rojas.

El dibujo que hoy damos es obra de Ramón Otero, y ya que la ocasión es propicia felicitamos á este amigo por el restablecimiento de su salud.

Funerales de Boves en Calabozo en 1814

Véase el interesante estudio que acerca de este insigne jefe español publicamos en otra sección de la Revista, y que debemos á la pluma de nuestro sabio americanista doctor A. Rojas.

La resucitada del cólera

El dibujo original es del malogrado acuarelista *Ramón Bolet Peraza* que floreció en Venezuela antes del aparecimiento de Michelena y Rojas. Representa una de tantas consejas (quizá caso semi-cierto) que corrían en Caracas cuando la invasión del terrible mal asiático.

Del mismo artista existen en Caracas muchas deleitosas obras que nos prometemos ir reproduciendo. Además de las que se encuentran en la colección de A. Rojas, hemos visto algunas muy preciosas en la de nuestro apreciado amigo el Dr. Casañas Burguillos.

Río del Guaire

Ha sido herencia poética la de cantar los ríos y hasta personificarlos y hacerlos pensar y hablar (Vid, Homero etc., etc.) Del Guaire se han hecho muchas coplas y hasta odas encomiásticas, desde Oviedo hasta Maitín, sin que le haya faltado su crítico en prosa; tal nuestro Sales Pérez que entonó prosa melódica en loor del Caroata, fustigando indirectamente al Guaire y con razón, pues á pesar de los vates el tal río no tiene rival en cuanto á pobre de aguas y rico en suciedades de todo género.

El avispero

Cuán múltiple el talento de Bouguerau! Aún mantenemos vivo el recuerdo de su *Virgen de la Piedad* que contemplamos en el museo de Luxemburgo, cuya majestad solemne es el contraste perfecto del *Guèpier* que hoy reproducimos. Qué aguijón tan suave el de esos amorcillos, y qué dulce, dulcísimo cosquilleo el que ha de experimentar esa ninfa despojada apenas de la insensibilidad infantil, y que comienza ya á darse cuenta de las arrobadoras fruiciones del amor!

Edificio de la Compañía Francesa

El edificio de *La Unión*, gran almacén de los señores Lassere y Cª y el de la *Compañía Francesa*, de los señores A. Perrault y Ca, fueron construidos expresamente para sus repectivos negocios y son de los más elegantes de Caracas. Había sido nuestro propósito presentar ambos á la vez, pero no nos satisfizo la copia fotográfica que obtuvimos del de *La Unión* y hemos decidido publicar el de la *Compañía Francesa*, que fue construido por el Ingeniero señor Dr. Diego Morales; prometiéndonos dar muy en breve el de nuestros amigos los señores Lassere y Ca

Damas de Granada

El original nos fue obsequiado por nuestro célebre amigo el Dr. Gil Fortoul, quien lo conservaba como grato recuerdo de sus viajes por la "tierra de María Santísima." A pesar de que una copia fotograbada no da cabal idea del original viviente, nuestros lectores podrán gozar al contemplar á las hijas de esa región que parece habitada siempre por Venus en persona y el mismísimo Adonis.

La cocinera de casa

Nuestro amigo Herrera Toro nos ha obsequiado en esta vez con una cocinera inventora de las pólizas tontinas del tipo de las que nos pinta Francisco de Sales Pérez en su artículo "Las Loterías." Después de haber regresado del mercado, medita sobre la cuenta que debe rendir á la señora de la casa.

"No es una gran aritmética, pero habilísima para "entregar las cuentas *muy completas*."

Pueblo de la Independencia

Trae su nombre del desembarco que hizo allí nuestro Libertador en 1816. Por este motivo merece los honores de figurar en el album de EL COJO ILUSTRADO. Ocupa un valle cerca de Ocumare de la Costa.

Los Roques

Tal es el nombre de este grupo de islotes en la costa occidental de Venezuela, sepulcro desde el descubrimiento de América de millares de embarcaciones. Cuando no cansados de sepultar hombres y riquezas, sus arrecifes vieron en sus cercanías la estatua ecuestre del Libertador que figura hoy en la plaza Bolívar, se tragaron la embarcación que la traía y sepultaron la estatua en el fondo de los abismos. Esto pasaba en 1874. Pero el esfuerzo humano sacó la estatua y sin que sufriera, figura en el lugar que de antemano había sido escogido. En algunos puntos de la estatua se ven manchas verdes que se aumentan más ó menos; son producidas por la acción del muriato de soda sal marina sobre el cobre del bronce. Estas manchas ú oxidaciones químicas irán desapareciendo con el tiempo.

Laguna del Paraíso, á orillas del Guaire

Digna de aplauso fue la idea de los empresarios que se propusieron dotar á Caracas de un punto de recreo campestre en que ir á mitigar los daños del calor tropical y á templar para nuevas faenas los nervios agotados por el clima ardoroso de la ciudad y el trabajo diario. Llegaron casi á terminar la progresista obra, cuando la creciente última del Guayre hizo daños á los jardines y verjeles, y al bello

Puente del Paraíso

que hoy reproducimos tal como quedó después de la catástrofe. Dicho puente se está reparando activamente, y muy pronto volverá á servirnos de vía para ir á gozar á aquel precioso puesto de recreo.

Música

Nuevo y fino obsequio que recibimos y publicamos con gusto de nuestro talentoso pianista Salicrup. Gracias.

EL PROGRESO

PREMIADA EN LOS JUEGOS FLORALES EN LA HABANA POR LA "COLLA DE MUST"

(INÉDITA)

Maravilloso instinto
Que inspira en su ambición á la esperanza
En medio del mundano laberinto,
Anhelo nunca extinto
Que el suspirado bien jamás alcanza.

¿Ficción tan sólo eres
Que en burlar las pasiones se complace?
¿Hácia que cielos conducirnos quieres?
Cual fénix nunca mueres:
Apagada tu luz siempre renace!

Audaz es la divisa
Que sobre el alto mástil de la nave
Al beso das de la sonante brisa.
"Avante! avante! . . á prisa!"
¿Cuál el rumbo? . . No importa.—Dios lo sabe.

Lo sabe Dios: arcano
Que á la razón con su misterio espanta;
El hombre de la tierra vil gusano
Aliento soberano
Sintiendo en sí, gigante se levanta.

En su ambición, sublime,
En inmortal dolor y eterna guerra
Se transforma á sí mismo y se redime:
La tierra vil le oprime
Y luz hará del polvo de la tierra!

Y al impaciente anhelo
Que el pecho abrasa y que la sien golpea,
Se deja ir con vigoroso vuelo,
Por mundos que se crea
Donde un eterno sol brilla en el cielo!

Que al fuego que le enciende
Mira una sombra, oculta voz le llama,
Y á la sombra y la voz los brazos tiende;
Y sigue, y busca, y ama
El sueño que concibe y no comprende!

Todo en él es finito,
Todo en él cambia, se trasforma y muda;
Y ángel rebelde de Edén proscrito,
Vencido aún, no duda
Y se abisma en la luz de lo infinito.

En alas del deseo
Lo que la mano alcanza lo desprecia,
Y Sísifo tenaz, eterno Anteo,
Espiritual la Grecia
Simboliza su angustia en Prometeo.

—

Poder, fortuna, gloria,
Objeto son de la ambición del hombre;
Y es tu vida inmortal, no transitoria,
Los siglos son tu historia
Y es el progreso, idealidad, tu nombre!

Con alto amor profundo
Con muy distintos nombres se te evoca,
Pues se ve en todo tu poder fecundo;
Y si hieres la roca
Brota fuente de vida para el mundo.

Cuando tu sol asoma
Se pone en marcha el mundo, así se ha visto
Que el arte Atenas de tu culto toma,
Le das la espada á Roma,
Y en un trono de luz alzas al Cristo!

Tu espíritu impalpable
Bulle en el pensamiento, arde en las venas,
Alumbra abismos, fija lo mutable,
Luego se alza indomable,
Redime al hombre y rompe sus cadenas.

Rayo que centellea
Y luego en densa oscuridad se olvida,
La palabra era así, voz de la idea:
Dijiste: eterna sea,
Y la diste en el libro eterna vida.

Luego ungido en tu esencia
El genio sin eclipse, en raudo vuelo,
Ilumina la mente y la conciencia,
Y son artes y ciencia
La escala de Jacob que lleva al cielo!

Y ya sobre tus alas
No se detiene en su arrogancia y sube;
Con la chispa de luz su fuerza igualas,
Y al fin que le señalas
Sumiso el rayo arranca de la nube.

Cuanto vive ó vegeta,
Atomos invisibles, altas moles,
Y el sueño mismo que la mente inquieta,
Todo tu ley sujeta
Desde el alga y el cieno hasta los soles!

La trípode y asiento
De donde tus oráculos pregonas
Son conciencia, razón y sentimiento,
La luz es tu elemento,
Y te ciñe el trabajo sus coronas.

Por tí la mar sañuda
Siente vencido el ímpetu iracundo;
Por tí la voz á la distancia muda
En tu poder se escuda
Y en eléctrico rayo cruza el mundo!

Por tí ya no hay desierto,
Ni mar ignoto, ni escondido espacio:
Vas en la sombra por camino cierto
Hacia el deseado puerto,
Y es el vasto universo tu palacio.

Y ni el mar ni la tierra,
Abismo ó cumbre, ocultan á tu vista
Secreto alguno que su seno encierra;
Con el error en güerra
Tú buscas la verdad y es tu conquista.

Regar el bien do quiera;
Derramar luz en rápida enseñanza;
Dar al trabajo espíritu y bandera;
Poner al mal barrera,
Y unir á la del cielo otra esperanza:

He ahí tu fin bendito,
Sembrar la vida, idealizar el barro,
Trepar á la región de lo infinito,
Y al hombre, sér proscrito,
Volver al cielo en tu fulgente carro.

Visible en toda parte,
Obrero infatigable abres camino
Al trabajo, á la industria, ciencia y arte,
Y al ídolo de Marte
El cetro arrancas y el laurel divino.

Progreso, ya no hay sombra
Que el esplendor anuble con que brillas;
Palpita el corazón si se te nombra
Y del futuro alfombra
Son al carro triunfal tus maravillas.

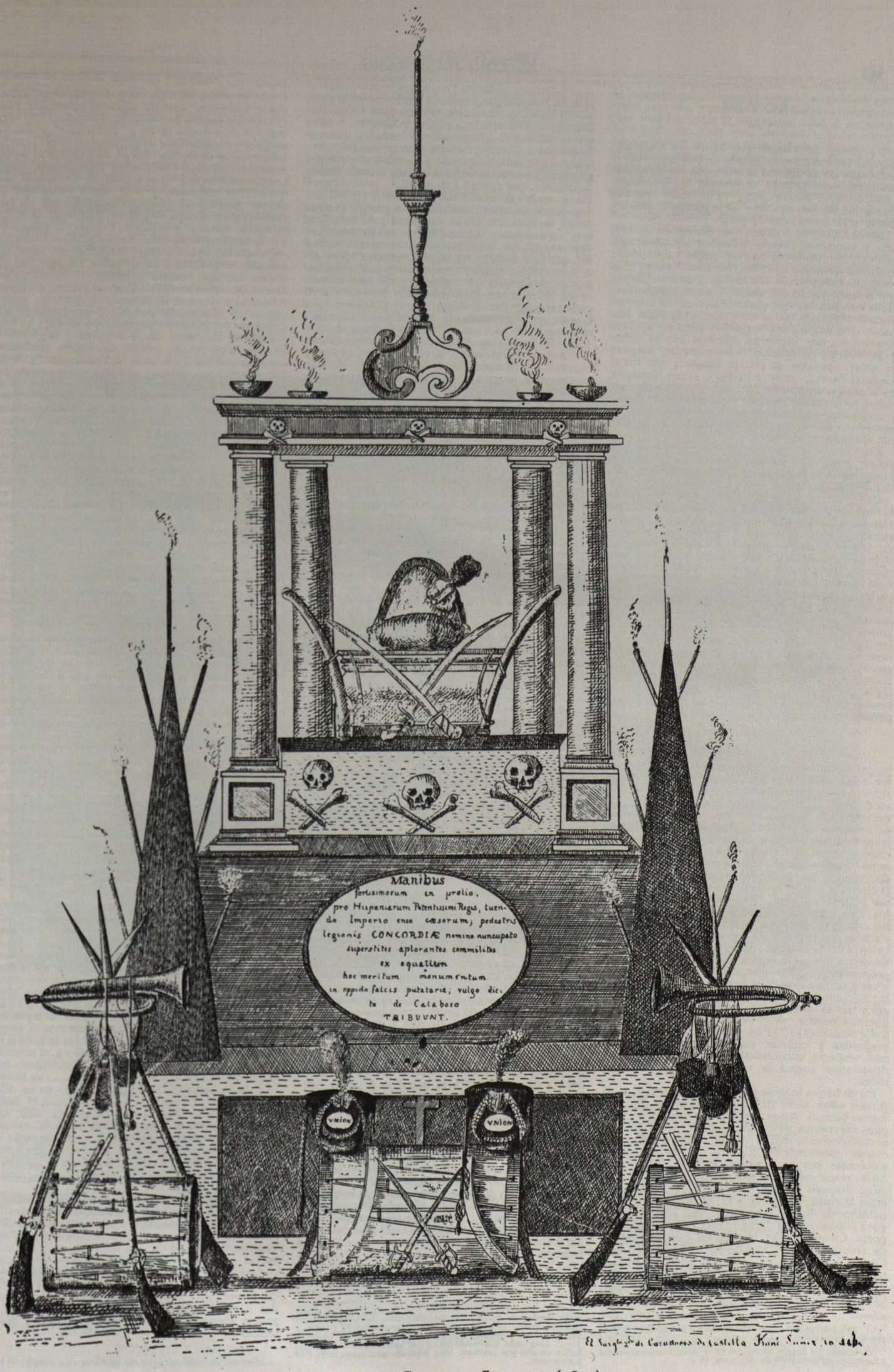
Lo quieres, y á tu antojo
Su dique el mar mediterráneo hiende
Y une sus claras ondas al mar Rojo;
Calma atlante su enojo
Y al pacífico mar los brazos tiende!

La gran naturaleza
Obra de un Dios del orbe soberano,
Asombro de hermosura y de grandeza,
Aumenta su belleza
Bajo el cincel de tu divina mano.

Progreso: en tu carrera
No detengas las alas triunfadoras:
La triste humanidad tu luz espera,
Que es sol que reverbera
Siempre más bella en sucesión de auroras.

1887.

HERACLIO M. DE LA GUARDIA



FUNERALES DE BOVES EN CALABOZO (1814)

BOVES

Un dibujo del túmulo que figuró en Calabozo durante las exequias religiosas de Boves en 1815, y una copia de la oración fúnebre que en Maiquetía pronunció en análoga ceremonia el Dr. Rojas Queipo, en la misma época, es lo único que nos queda del famoso caudillo de la guerra á muerte, desde 1812 hasta fines de 1814.

Boves murió en Urica el 5 de diciembre de este año, y aunque su cuerpo fue exhumado años más tarde, y enterrado de nuevo, nadie sabe dónde están sus despojos mortales. Setenta y nueve años hace que desapareció el caudillo y aun se discute quién fue el que le dió muerte. Uno de los oficiales, Celis Belisario, se apropiaba el hecho. El General José T. Monagas, actor en Urica, aseguraba que había sido Regino del Nogal (1); pero en apuntes referentes á este incidente, escritos por el señor J. M. Núñez y publicados no hace mucho, asegura el autor, apoyado en ciertas razones, que fue el General Zaraza, actor y testigo, como Monagas, en el campo de batalla. (2) La discrepancia que existe respecto del ejecutor de la muerte de Boves, y el disputarse el hecho actores patriotas, pone de manifiesto que el caudillo español no fue muerto por ninguno de los suyos.

Respecto de los honores religiosos, sí podemos asegurar que los recibió, no sólo en Calabozo y Maiquetía, sino también en Caracas y otras ciudades de Venezuela.

Conservamos un estudio inédito que comprende la vida de este terrible militar, desde su llegada á Caracas á fines del último siglo, hasta su muerte; escrito en vista de documentos inéditos, de apreciaciones diversas de amigos y enemigos, de historiógrafos americanos y extranjeros, de documentos oficiales de la *guerra á muerte*, desde 1811 hasta fines de 1814. La extensión de este trabajo, por una parte, y el pertenecer por la otra á los materiales históricos que por orden del Gobierno hemos comenzado á dar á la estampa (publicación interrumpida actualmente), no nos permite sino escribir cortos párrafos respecto de este asunto, para dejar así satisfechos los deseos de nuestros amigos los señores Redactores y Editores de EL COJO ILUSTRADO, quienes al estampar en la parte ilustrada de este periódico el dibujo que representa el túmulo de Boves en Calabozo, han querido acompañarlo de algunas noticias históricas.

¿Cómo podremos hoy juzgar á Boves? Para juzgar al caudillo que durante la guerra á muerte fue, como escribió Bolívar, la *cólera del cielo que fulminó rayos contra la patria*, ó en otros términos, *un demonio en carne humana, que sumergió á Venezuela en la sangre, en el luto y la servidumbre*, es necesario estudiar los antecedentes de semejante carácter, antes de la revolución de 1810, las causas inmediatas que lo precipitaran en un camino de devastación y de ruinas, el carácter de la época, en la cual surgió, y la influencia que sobre él ejerciera el decreto de *guerra á muerte*, dictado por Bolívar en 1813. Después de estudiar todos los antecedentes, deberemos fijar cuáles fueron los crímenes que tuvo como militar, y cuáles las virtudes que le pudieron servir de contrapeso en la balanza de la justicia. Así, y aplicando á la historia de los hechos la crítica más severa, podremos preguntarnos: ¿Fue Boves un jefe lleno de odios y venganzas, al frente de hordas salvajes, feroces é inconscientes? ¿Fue un loco, un monomaniaco, actor en la prolongada noche caliginosa de la guerra á muerte, desprovisto de toda virtud, de todo sentimiento? ¿Fue criminal ó héroe? Estas preguntas y cuantas sugiera la imaginación en este respecto, encontrarán solución á medida que departamos acerca de tan importante tema histórico.

Es un hecho incontestable que las ejecutorias de Boves, años antes de la revolución de 1810, no fueron buenas. Actos de piratería primero, y después travesuras de contrabandista, contrastan con el cumplimiento de sus compromisos mercantiles, con su constancia en el trabajo y sus amistades sostenidas por la hombría de bien. El general Lara, respetable comerciante antes de la revolución, después distinguido prócer, que comerció entre la costa de Güiria y la pampa guariqueña, hablaba de Boves (entonces José Tomás Rodríguez), como de un hombre recto, activo é inteligente. Cuando llegan los días en que, por causas de contrabando, es conducido á prisión en San Carlos ó en Caracas, siempre tiene Rodríguez padrinos como el Dr. Roscio y como los respetables y ricos comerciantes señores Jove y otros más. Cuando éstos consiguen librar á su favorecido de la prisión, le aconsejan vuelva al comercio de la pampa del Guárico, y á Calabozo llega José Tomás Rodríguez recomendado por Jove y Roscio. A estos favorecedores se agregaron más tarde los señores Feranández García, Sanojo y otros hombres notables de la villa, quienes se propusieron proteger al nuevo comerciante de la plaza, á José Tomás Rodríguez, que agregó á su apellido el de Obes ó Boves, como gratitud á sus protectores (3). Si nos detenemos en estos particulares, es porque cuando suene la hora fatal de la venganza y de los odios, este comerciante, convertido en militar temible, dominando los ímpetus infernales, sabrá salvar del patíbulo á todos aquellos á quienes deba algún beneficio, sabrá devolverles, y con espontaneidad, los bienes que hayan tomado sus tropas, sabrá solicitar con interés á todos los fugitivos ó encarcelados, con quienes tenga pendiente una cuenta, no saldada: la de la gratitud. Una recomendación de Jove, de Navas, de Roscio, de Arvelo, de Sanojo en favor de algún desgraciado, la obedecía Boves, como si emanara del monarca español. De manera que el hombre que, durante la guerra á muerte, apareció feroz, sanguinario, implacable, arrastrado por los dictados de la venganza y del odio, era detenido, en repetidas ocasiones, por una de las grandes virtudes del corazón humano: la gratitud.

Cuando sonó el grito revolucionario de 1810, José Tomás Rodríguez Boves, comerciante en Calabozo, bien relacionado y aun estimado, se decidió por la República; y es un hecho que en la puerta de su tienda fijó una bandera donde se leía: *viva la patria*. Sea porque se juzgara con talento militar, con dón de mando, con constancia inquebrantable y con cierta actividad digna de elogio, Boves aceptó la causa patriota con toda decisión. Cuando á poco, y después de tropezar con Antoñanzas, oficial de Monteverde, Boves se presenta en Calabozo, refiere á los amigos lo que había visto, relata las noticias de la internación de Monteverde, y lleno de entusiasmo, pide á los gobernantes de la plaza un piquete, para desbaratar á Antoñanzas; de los miembros del Gobierno, unos apoyan, otros dudan, pocos temen: triunfa la duda, y Boves es encarcelado. Cuando uno de sus amigos, Sanojo, estuvo á verle; "Ya verán ustedes, le dijo al saludarle, las lágrimas que les va á costar tamaña injusticia. La causa republicana me rechaza, la realista me aplaudirá." Desde aquel instante, el espíritu de venganza contra sus perseguidores de Calabozo, comenzó á hacerse general contra todos los venezolanos. Y el que había soñado acabar con la realeza en Venezuela, poniéndose al frente de los llaneros habitantes de la pampa del Guárico, cambió de pensamiento, y resolvió con los venezolanos realistas destruir á los venezolanos republicanos. No debe olvidarse que, después de la muerte de Boves, los llaneros de éste fueron los centauros de Páez.

Una persecución injusta, impremeditada, iba á sacar de la nada al caudillo español de la guerra á muerte. Hay héroes que surgen de la anarquía y los hay también que salen de los calabozos y de las persecuciones.

Boves comienza su carrera desde mediados de 1812, y al anunciarse, con él van, como consejeros, la venganza y el odio. De subalterno asciende á jefe y como tal, á nadie obedece. Se proclama enemigo de la República, sostenedor de la colonia, y las muchedumbres le obedecen. Cada uno de sus triunfos va seguido de dilatado séquito. En sus filas, Boves español, no admite oficiales españoles, que éstos le servirían de estorbo; mas, cuando necesite de perros de presa contra poblaciones indefensas, sabrá lanzar á Zuazola, á Puy, á Ñáñez, á Rosete, etc., etc. La mosca de su ejército lo anunciaba por el estrago. Boves no va á luchar á favor de España, sino al frente de venezolanos contra venezolanos: es la mayoría realista que no olvida sus hábitos de servidumbre, la que él va á lanzar contra la minoría republicana que, inconsciente ó convencida, ha tomado las armas á las órdenes de jefes republicanos.

Bolívar avanzaba victorioso en su campaña de 1813, y todo le sonreía, cuando sale la proclama de la *guerra á muerte*, fechada en Trujillo, en junio de aquel año. Boves acepta el terrible reto sin titubear. *Españoles y canarios, contad con la muerte, aunque seáis inocentes; americanos, contad con la vida, aunque seáis culpables.* ¿Dónde estaban los españoles y canarios: dónde los americanos? Formaban los primeros un grupo en el cual figuraban los empleados, propietarios, hombres pacíficos, y también canarios de todas condiciones. Componían la segunda todos los venezolanos, la masa de los trabajadores, de los industriales, etc. La guerra á muerte no fue un reto entre dos naciones, Venezuela y España, sino un pugilato entre dos porciones del pueblo venezolano, lanzadas, en hora fatal, la una contra la otra. Semejante proclama no puede considerarse sino como un aborto de la imaginación de Bolívar. En su odio contra el poder español, que llegó á ser en él monomanía, creyó que anonadaba al grupo español en Venezuela con tan terrible amenaza, y sólo logró encarnizar al pueblo venezolano. Los jefes españoles que de hecho llevaban á cabo la guerra á muerte, la aceptaron de derecho y supieron explotar la situación. En la carnicería de 1814, los españoles fusilados representan una fracción insignificante ante los miles de venezolanos sacrificados en las filas de ambos bandos, realista y patriota. Venezolanos fueron las montoneras de Puy, de Ñáñez, de Monteverde, de Morales, de Rosete, de Zuazola; venezolano el ejército de Boves; y venezolanos los ejércitos del gobierno republicano de 1813 y 1814.

Después del fatal decreto de 1813, la guerra á muerte tomó creces, y todo anunciaba deshecho huracán que iba á envolver á Venezuela. Si Bolívar llegó á sacrificar españoles probos que no quisieron aceptar el gobierno republicano, y sí la muerte, Boves y los suyos, destruían las poblaciones é infundían el espanto. Si Bolívar pasaba por las armas los prisioneros, y hasta los inocentes, Boves sacrificaba los prisioneros, é indistintamente hombres, mujeres y niños de los poblados. Bolívar, en presencia de la devastación, opone á Boves sus principales tenientes, y éstos retroceden. La hydra de la revolución brotaba mil cabezas de cada herida. Bolívar había vencido en guerra galana en Cúcuta, Niquitao, Taguanes, Vigirima, Araure; pero estas victorias de nada le valían, ante el torrente devastador de la guerra á muerte, que invadía, lúgubre y pavoroso. Boves lanza sobre Caracas salteadores jefes del pillaje, que se ceban en poblaciones indefensas: Bolívar los aniquila con los ejércitos de Ribas, de Bermúdez, de Arismendi. Boves se avanza terrible, enajenado, sobre las poblaciones patriotas. Bolívar ordena sacrificar los prisioneros españoles y hasta los enfermos que yacían en los calabozos.

Pero ha llegado la hora de San Mateo. El caudillo español de la guerra á muerte va á encontrarse frente de Bolívar, el jefe de la República. Son dos bandos venezolanos que van á disputarse la victoria, la victoria de los odios, el harapo de las pasiones enconadas, de las miserias humanas, de ruindades sin término. ¡Cuán grande aparece la figura de Bolívar en estos días de algazara y de fango, de exterminio, de bajezas y de esfuerzos inauditos, cuando el incendio devora los campos, las aldeas, las familias y todo entra en conflagración! Todos los caminos se van cerrando á su paso, sobre su cabeza serpean los rayos del huracán; pero sereno, mudo, contempla la tempestad, la ve desarrollarse, la sigue.... y aguarda. ¿Quién es el autor de tamaña catástrofe? ¿La guerra á muerte fue obra de los hombres? En el mundo físico, como en el mundo social, el desequilibrio de las fuerzas trae el desorden; pero el huracán es sólo un incidente. La sociedad humana crece, se desarrolla, prospera, después de cada una de estas perturbaciones necesarias.

Tras de San Mateo, está Carabobo.—Carabobo fue el desafío final entre militares cultos. Allí Cagigal, Ceballos, Salomón, etc., jefes vencidos: allí Bolívar, con los principales jefes de la República, vencedores. Aquella batalla, donde vencedores y vencidos no faltaron á las leyes de la guerra, fue la última cita de los beligerantes, aplazándose para las campañas de 1817 hasta 1825. Pero tras de Carabobo vino La Puerta, y en La Puerta estaba Boves, colérico, y como siempre audaz. Si San Mateo fue una luz celeste tras el negro ropaje de la tempestad, La Puerta fue la tumba de la República. Bolívar huye, y tras él va el huracán con sus chillidos, con sus gritos estridentes, con su gavilla de rayos; y tras de Bolívar.... va Boves. Su caballo salvaje, como el de Atila, en su dilatada carrera de fuego y desbocado como el jinete que lo conduce, llegará á encabritarse, allá, allá en Urica, donde al bote de lanza patriota, caballo y caballero caerán exánimes.... El huracán de la guerra á muerte, al llegar á su zenit, iba á desaparecer. Entre los contendores de la guerra á muerte no caben recriminaciones posibles: todos quedaron nivelados.

La época fue de horrores. Boves logró vencer, pero no fue España la vencedora sino la mayoría venezolana realista, que superaba á la minoría vonezolana republicana. Bolívar no fue vencido sino aplazado. En lucha descomunal contra las pasiones humanas, su genio le salva, para verle triunfar más tarde, en campañas admirables, en toda la extensión de los Andes. Si el caballo de Boves iba á detenerse en Urica, el de Bolívar iba á continuar, á trasmontar las cordilleras, y seguir siempre victorioso sobre el dorso de la tierra.

Hay en la vida militar de Bolívar dos fases: el ba-

(1) Padre del oficial del mismo nombre que figuró en la guerra de la Federación.

(2) Ofrenda del Estado Bermúdez en el primer centenario del Libertador, en 24 de julio de 1883, 1 vol. en 4°

(3) Rodríguez aceptó el apellido Jove en gratitud á la respetable familia de Puerto Cabello, que tanto le favoreció. Los llaneros, por la dificultad que tienen de aspirar la j, dijeron primero Obes y después Boves; y así desapareció el apellido Jove. Aseguraba el general Boves que había aceptado este apellativo no sólo por gratitud, sino también por salvarse de toda persecución.

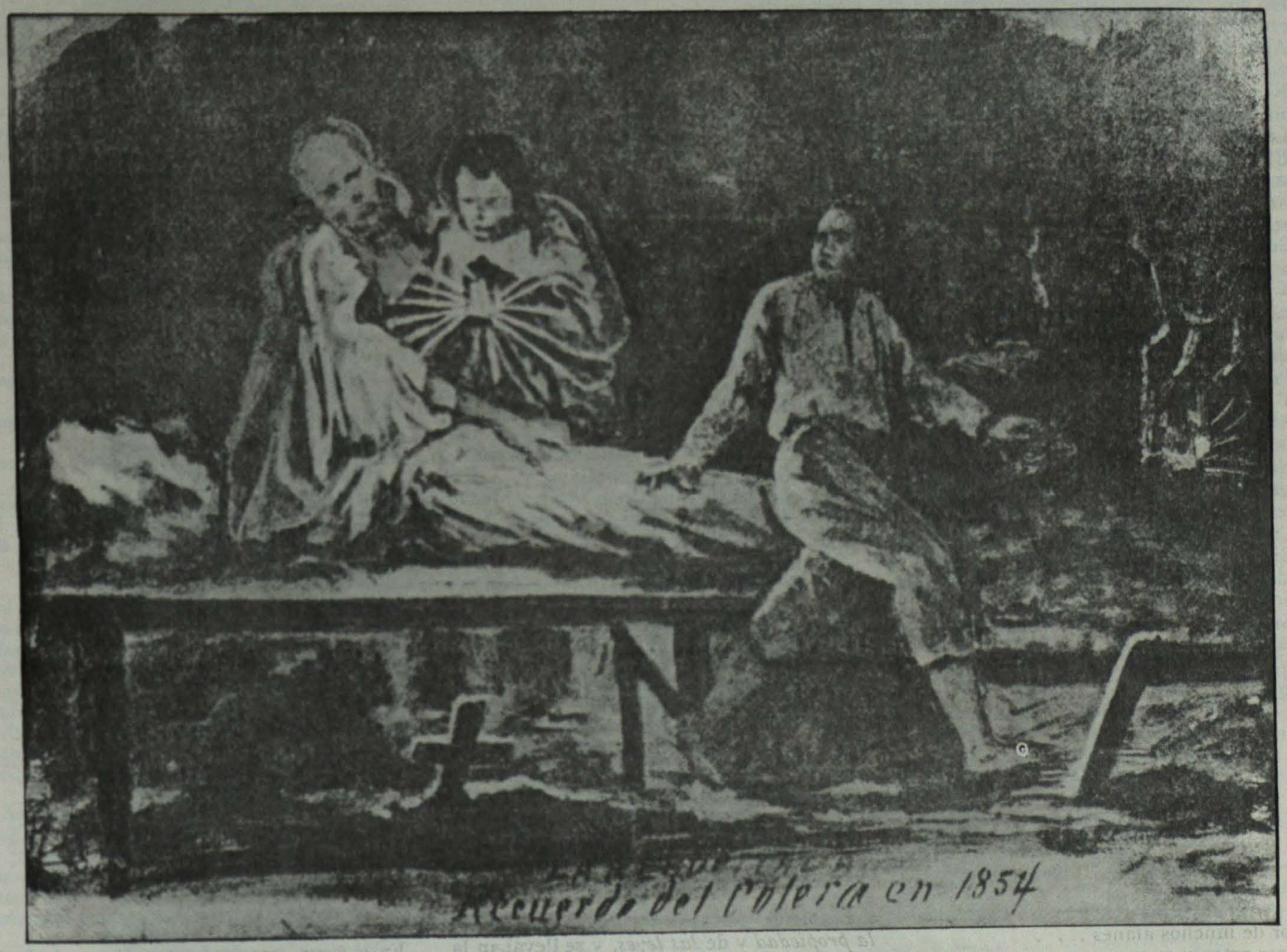
tallador de escuela, ilustrado y apuesto, que acepta la guerra de acuerdo con las reglas del arte y las costumbres de naciones cultas. Tal fue cuando militó contra Correa, Ceballos, Izquierdo, Cagigal, etc., etc. y más tarde contra La Torre y Morillo. Vencedor ó vencido, siempre fue el mismo. Es la segunda aquella en que figura como creador y sostenedor de la guerra á muerte: guerra sin brújula, en que los contendientes obedecieron al impulso de los odios y de las represalias: tal fue Bolívar cuando hubo de batallar contra Monteverde, Morales, Boves, etc. En estos casos hubo de ser terrible, inexorable; y no siéndole permitido convertirse en desollador, mutilador y verdugo de los hombres, mujeres y niños, hubo de castigar con los suplicios permitidos por las leyes en todos los países cultos.

Boves, en su lucha, fué más allá de las represalias: fue inhumano, vengativo. . . . . Defectos fueron de su educacación, de su índole ó de sus odios y venganzas. Si como perseguidor sobresalió, también tuvo sus glorias de héroe. Al retratarle el historiador venezolano González, concluye con esta sentencia. "*El héroe y el bandolero se confundieron tanto en él, que hubiera sido difícil arrojar una línea divisoria.*" Así le juzgamos nosotros, y poniendo de lado sus crímenes, de los cuales no puede absolverle la historia, queremos detenernos sobre el héroe y ver si hay alguna virtud oculta que obre en su favor en la balanza de la justicia.

"Desprendido, nos dice González, él no tenía sino su caballo y su espada: en el testamento que había hecho, sólo pudo disponer en favor de la mujer con quien había contraído esponsales (porque Boves amó!!) de trescientos pesos que le debía D. Juan Vicente Delgado"... Amó.... y poseyó también otra virtud, que si para él no fue lenitivo en sus horas de venganza, fue luz del cielo para aquellos que en el banquillo aguardaban la muerte: esta virtud fue la gratitud. En Calabozo, en Valencia, en Caracas, por donde quiera que tropezó con algunos de sus conocidos ó amigos de quienes había recibido algún beneficio, en su época de comerciante ó cuando estuvo en prisión, apareció generoso y protector. Olvidaba al insurgente para corresponder al benefactor. Así, á impulsos de la gratitud, pudo este espíritu infernal salvar del suplicio á víctimas sentenciadas á morir. Podríamos presentar multitud de casos. Escribió en cierta ocasión el Deán Swift la siguiente sentencia: "El hombre que le dice á otro ingrato, le hace reo de todos los crímenes." ¿Y qué dirémos del hombre que en medio de la escena de las pasiones humanas, armado del puñal y de la tea, tiende mano generosa, para salvar á su enemigo político del suplicio á impulsos de la gratitud?

No, no. Boves no fue un militar desprovisto de toda virtud. Fue un carácter que simboliza una época de exterminio: la de la guerra á muerte. Si la historia le condena en su carera militar, la historia le concederá la justicia que reclama todo sentimiento generoso, cuando éste aparece en medio de situaciones extraordinarias.

ARÍSTIDES ROJAS.



LA RESUCITADA. — RECUERDO DEL CÓLERA EN 1854 *(Boceto de Ramón Bolet)*

COLECCIÓN DE ARÍSTIDES ROJAS

EL REDENTOR

(INÉDITO)

El aparece en su misión divina
Cual fúlgido lucero en noche oscura,
Cuando á la triste humanidad tortura
Brutal barbarie que doquier domina.

Todo á su paso con amor se inclina;
Cede todo á su ingénita dulzura;
Piedad, perdón y celestial ventura
Al hombre enseña y el error termina.

Del alma en vano destronarle quiere
La razón con sus tenues claridades;
La duda cruel, de hálito infecundo;

En vano todo; el Redentor no muere:
Héle cruzar glorioso las edades,
Hé allí su voz iluminando al mundo.

VICENTE CORONADO.

LA GOTA DE ROCIO

"No hay brillo como el mío,"
Dijo ufana la gota de rocío,
Al verse aclamar bella
En medio al campo en que el ornato es ella;
"Ni quien cual yo, galana,
Sea orgullo y primor de la mañana.
En globo pequeñuelo,
Sobre hoja que ya dora
La primera luz de la rosada aurora,
Soy breve suma del fulgor del cielo,
Que, en vastos horizontes,
Se ve en valles lucir, y se ve en montes.
Y soy también, para mayor decoro
De mi almo origen y mi cuna de oro,
Delicado vapor que en ondas sube,
Llega tal vez á la flotante nube,
Tal vez instable de la altura baja,
Y en el aire suspenso en perla cuaja,
Bordo á veces las flores,
Para de ellas beberme los colores,
Y en formas mil distintas,
Cada cual de por sí fijable apena
En el mudar de la movible escena,
Del iris tomo las variadas tintas.
El aura me regala
Con los aromas que el verjel exhala,
Y, por verme temblar, con ala leve
Jugando me conmueve.
Yo nazco con el día,
Tengo palacio en la arboleda umbría,
Y en aguas bellas de matiz cambiante,
Ya semejo al cristal, y ya al diamante."—
Así la gota en su discurso ciego,
A tiempo que de ráfaga impelida,
De la hoja desprendida,
Llegó á caer y disiparse luégo.
Tal ví una vez en mi jardín acaso;
Y prueba así este caso,
Que el mundano esplendor es de un momento,
La vida nada, y el orgullo, viento.

CECILIO ACOSTA

LA CRISIS

Escrito en 1884

(INEDITO)

Quiero tratar hoy sobre la crisis, ó más claro—sobre la miseria pública.

Es tan serio el asunto, que no puede tratarse sino con seriedad.

La cuestión es esta.

—¿ Por qué estamos pobres ?

Cualquier gracejo me responderá.

—Porque no tenemos dinero.

—Y por qué no le tenemos ?

La causa salta á la vista.

—Porque gastamos más de lo que ganamos, ó porque ganamos menos de lo que necesitamos.

No hay más que falta de equilibrio en el presupuesto.

Ajústese la salida á la entrada y el mal quedará remediado.

Nuestra caja es como un estanque que tiene la llave abierta.

La entrada es inferior á la salida.

El agotamiento es infalible si no torcemos un poco la llave.

Pero nosotros encontramos más cómodo esperar siempre un aguacero para llenarlo.

Sobre todo, en verano, es cuando más contamos con las nubes.

Y sucede muchas veces que llueve, y que, con recursos inesperados, mantienen algunas familias, por medios ficticios, una posición, si nó holgada, al menos durable.

Pero también sucede que no llueve . . .

Y entonces . . . ?

Ahora, por ejemplo se ha declarado una sequía espantosa !

No hay una nube que prometa refrescar el tiempo, sin embargo de que el horizonte no está claro.

Los estanques están casi todos vacíos.

En algunos pocos se ve un sedimento verde, donde todavía pueden refrescarse los labios.

En otros hay un aguaje sucio, lleno de zapos y sanguijuelas.

—¿ Sabéis lo que puede sacarse de ese fango ?

—Medios violentos, arbitrios indecorosos, recursos de la desesperación que cierran todas las puertas para el mañana.

Apenas hay unos pocos estanques llenos . . . y cuán grandes son !

Tienen las llaves cerradas : no destilan una gota !

—Qué líquido es ese, tibio y amargo, que los llena ?

—Ah ! es llanto de muchas angustias y sudor de muchos afanes . . .

Esos estanques son . . .

No los envidiéis.

Vale más llorar la sed, que saciarla con lágrimas ajenas.

Volvamos á la cuestión.

Estamos pobres ; es una cruel verdad por más que el país esté mil veces más rico que antes.

Hoy tenemos, como pretexto, la baja del café para explicarnos el abatimiento de todas las industrias.

Ciertamente es una causa agravante, pero la verdadera causa es esta.

—El alza de nuestra soberbia !

Este mal viene de una época remota que yo no quiero fijar.

Las pasiones, el patriotismo, los errores, las ambiciones legítimas, los deberes sagrados y los odios feroces, en espantosa confusión, produjeron choques violentos, y, como consecuencia, cambios de fortuna—riquezas destruídas y riquezas improvisadas.

Los que no sabían cuanto trabajo cuesta levantar una pirámide grano á grano, no tuvieron dolor de tirar á la calle el oro que la casualidad había puesto en sus manos.

Entonces comenzó el lujo entre nosotros, y esta sociedad cambió de golpe sus costumbres sencillas.

Los hombres laboriosos sintieron humillada su modestia, y para ponerse al nivel de los favoritos del acaso, comenzaron á imitarlos en sus cuantiosos gastos.

¡ Cosa singular !

Los advenedizos no tuvieron pudor de parecer ricos—y los ricos tuvieron vergüenza de no parecer advenedizos.

El mundo moderno no toma en cuenta el origen de las riquezas.

El corre su nivel sobre las cifras que representan las fortunas para fijar las categorías sociales.

Así han venido confundiéndose en estrecho abrazo, y acatándose recíprocamente, los hijos mimados de la fortuna, y los hijos del trabajo.

Entretanto los que no han sido llamados á la distribución del cuantioso botín ; ni han tenido éxito en sus labores; en una palabra,—los pobres, luchan por parecer ricos, y hacen gastos superiores á sus fuerzas : empeñan el porvenir ; enajenan su tranquilidad y comprometen su decoro.

He ahí, pues, la explicación de nuestro malestar.

—Todos queremos vivir en una misma esfera, y por cierto—en la más elevada.

Los ricos que van cayendo en la miseria, agobiados por el peso de sus derroches, y los pobres que se van hundiendo día por día, batallando entre la soberbia y la impotencia, se lamentan y vociferan poseídos de una desesperación infernal.

Qué es lo que piden esas voces salvajes que parecen graznidos de animales feroces ?

—Guerra !—Confusión !—Anarquía !

—Insensatos !

¿ Queréis remediar el mal, renovando las causas que lo han producido ?

Nuestras desgracias comenzaron con la guerra, que anuló el respeto á la propiedad. Se acabó el estímulo del trabajo ; faltó la fe en sus resultados y se agotó la riqueza.

Acordaos de aquellos días tenebrosos!

La escena pasaba en nuestras llanuras, pobladas de rebaños.

Una tropa de ginetes, armados en nombre de la *libertad* y del *derecho*, invadía la propiedad de un ciudadano laborioso ; recorría sus sabanas y, á despecho de toda súplica, le despojaba de la mitad de sus bienes.

Detrás de estos venían los defensores de *la propiedad* y de *las leyes*, y se llevaban la otra mitad.

Otro tanto sucedía á la riqueza agrícola y á la riqueza mercantil.

El derecho de un lado y *la ley* del otro, como dos puñales, dieron muerte á la propiedad.

Y habrá quien quiera renovar esos tiempos aciagos ?

No habrán pasado para siempre esos días de sangre lágrimas y miserias ?

Yo quiero creer que sí, aunque sea mentira.

Prefiero vivir engañado.

Limítese cada cual á la esfera de sus facultades.

No haya emulación para derrochar sino para producir.

Piénsese que las privaciones de hoy, aseguran el bienestar de mañana; y que un bienestar anticipado y ficticio, nos condena infaliblemente á la miseria.

F. DE SALES PÉREZ.

NOTABLE SOLECISMO

(JUGUETE FILOLÓGICO)

Es tan vasto y frondoso el campo de la filología, y aún circunscribiendo, el espacio que en él ocupa la sola gramática, que á cada hora, á cada momento saltan á la vista ó acuden á la mente nuevas é interminables observaciones, tendentes por dicha al mejoramiento de la lengua y por ende á la relativa perfección de los estudios filosóficos. Grandes escritores, verdaderos sabios en la materia, cultivan con interés ese campo, recogiendo hermosas cosechas para el común beneficio. Nuestro idioma parece haber llegado á un período muy interesante de fecunda elaboración ; y podemos ufanarnos recordando que, según lo dijo aquel malogrado y nunca bien sentido joven Manuel de la Revilla, á la América está debiendo España las más notables obras que desde hace algún tiempo y en este sentido se llevan publicadas.

Simples curiosos y aficionados entusiastas, nos ocurre también á nosotros el presentar de vez en cuando someras ideas sobre tales estudios, que otros más felices pueden sin duda profundizar. Aquí venimos hoy con nuevo apunte, que no recordamos haber visto señalado antes por otro ningún escritor.

Seguros estamos de que nuestros lectores han oído muchas veces, y aún tomado parte en ellos, diálogos del tenor siguiente :

—Ven acá, Juan ; y tú, Pedrito ; y tú, Enrique: díganme, ¿á dónde van ustedes con ese gato ?

—Papá, vamos al corral para *echárselo á* un ratón que por allí anda correteando.

—Mujer, ¿ sabes tú que nuestros muchachos son encantadores ?

—Bien lo repite mi hermana, tal vez porque los quiere tanto.

—Pues tú y tu hermana ya se ve que entienden el arte de criar y de educar muchachos.

—Necesito dos peones para esto. Ven acá, José Matías ; y tú, Bartolo : vayan ustedes á la Aduana, y tráiganme dos cajas que pedirán en mi nombre al fiel de peso.

Para muestra basta.

Tan acostumbrados estamos á semejantes locuciones, que es muy posible se queden muchos de *nuestros* leyentes como gallina que mira sal, sin dar en el hito de lo que se les quiere advertir. Pues sepan todos los que la presente vieren y en la cuenta no cayeren, que en los citados ejemplos cometemos los venezolanos, (y sospecho que muchos otros de nacionalidades castellanas diversas) el más desaforado solecismo, que podrá y *debería* corregirse diciendo :

—Ven acá, Juan ; y tú, Pedrito ; y tú, Enrique : *decidme* ¿á dónde *vais* con ese gato ? y no: *díganme*, ¿á dónde *van ustedes* con ese gato ?

En la otra frase : Pues tú y tu hermana ya se ve que *entienden* el arte de criar y de educar muchachos, debe decirse: Ya se ve que *entendéis* el arte, etc.

En el *tercer* caso propuesto : Ven acá, José Matías, y tú, Bartolo : *vayan ustedes* á la Aduana, y *tráiganme* dos cajas que *pedirán* en mi nombre al fiel de peso, enmiéndese : *Id* á la Aduana, y *traedme* dos cajas que *pedirêis* en mi nombre al fiel de peso.

No hay otra salida, por más extraño que pueda parecernos. La ley gramatical es inexorable en este punto. Hé aquí la pauta :

Yo amo, *tú amas*, él ama.

Nosotros amamos, *vosotros amáis*, éllos aman.

Yo amé, *tú amaste*, él amó.

Nosotros amamos, *vosotros amásteis*, éllos amaron.

Yo amaré, *tú amarás*, él amará.

Nosotros amarémos, *vosotros amarêis*, éllos amarán.

Ante un precepto tan cerrado, no podemos explicarnos una transgresión tan universal y corriente como la que nos ocupa ; porque entiendan ustedes que todos por estos mundos caemos en ella. Quisiéramos saber si nuestros buenos y respetables amigos los doctores Guillermo Tell Villegas y Agustín Aveledo han corregido el error en sus respectivos establecimientos de enseñanza. Pues caso que así no fuere sería caso

de consulta y hasta de concilio ecuménico español-americano.

Matraqueando sobre esta idea nos ha ocurrido la siguiente: ¿podría ser que la *pluralidad* imprima tal sello de fuerza que mueva á cambiar el tratamiento, y á tributar más respetuosa consideración al grupo que á la *individualidad*? Por eso decimos á nuestros hijos: *Ven* acá, Juan; y *tú* Pedro: *vayan ustedes* para la escuela; es decir: Vayan *vuestras mercedes*; que á esto equivale la contracción de *ustedes*.

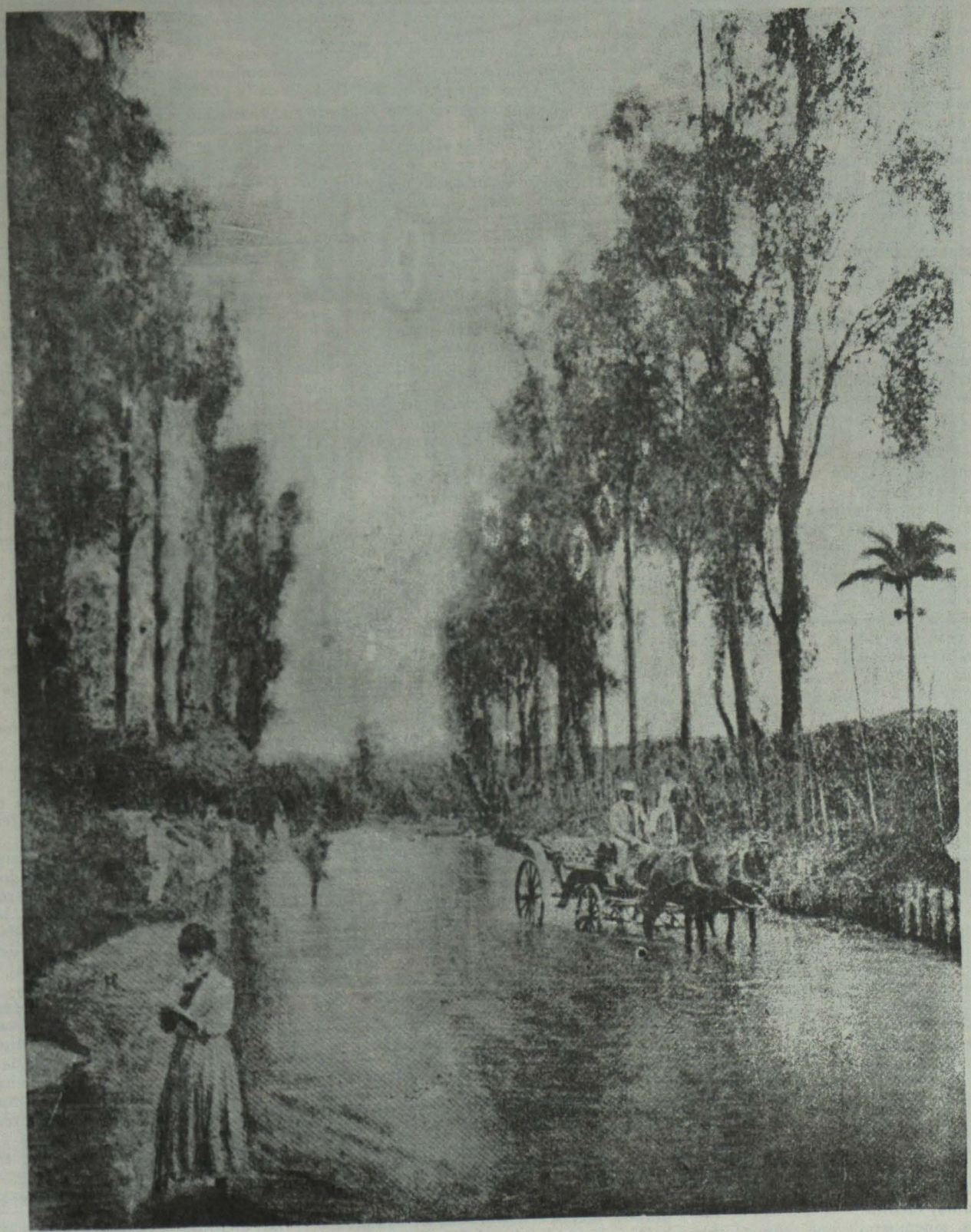
Y si esta inducción nuestra resultara con alguna verosimilitud, deduciéndose de ahí que la práctica venezolana tiene lógico fundamento, habría de llegar más tarde la hora de una variante ó modificación en el canon gramatical, que por lo pronto estamos en el caso de sostener.

Vamos, pues, á tratar en lo sucesivo de *vosotros* á los muchachos, á nuestros hijos (aunque ya no lo sean) á toda gente menuda y de poco más ó menos, sin olvidar por su puesto á nuestros íntimos.

¿Pero habrá quien nos siga en la propaganda?

Amanecerá Dios y *verémos*, decía un ciego. Nosotros que también lo somos (Dios sea loado) quedarémos en la misma esperanza de que pasada la noche, y en amaneciendo que amanezca. . . . *verémos*. Amén.

E. R.



CARACAS. — Vista del Guaire, tomada dentro del Rio

EL CREDITO

—

Et genus et virtus sine re vilior alga est.

Ardua empresa, el hablar de aquello que cada cual juzga según su leal saber y entender.

Más árdua aún, si cabe, cuando el que ha de hablar no está familiarizado con la cosa de que ha de formar concepto.

Si el crédito fuera un objeto real, un objeto tangible, con forma exterior, como los cuadrados geométricos, esto es, con cuatro lados iguales y cuatro ángulos rectos, fácilmente correría la pluma en el propósito de darle forma concreta.

Pero ¿qué se puede aventurar de una cosa que, sobre no tener más que un lado visible, no es sino un mito, según la opinión de algunos, siendo de advertir que entre *estos algunos* estoy yo. . . con mi dictamen?

Tratemos el asunto *burla burlando.*

El crédito, ó sea la cosa así llamada, no puede explicarse, sino por causas independientes de la voluntad de los que creen poseerlo.

—Dígame ¿por qué tiene usted crédito?

—Porque pago mis deudas.

—Y antes de haberlas contraído ¿por qué lo tuvo?

—Porque tenía responsabilidad.

Ello es así!

Sea como fuere, el crédito es una cosa á que todo el mundo aspira y de que todo el mundo se cree en posesión perfecta.

Otra pregunta, y perdone Ud. la confianza.

¿Hay alguna persona (macho ó hembra) que no tenga crédito, ó mejor dicho, que no crea que lo tiene?

No está demás decir que respecto de las hembras, el asunto tiene toda la apariencia de un problema.

Nadie se juzga sin crédito.

El comerciante y el cambalachero (individuos de la misma familia) el agricultor y el dueño de conuco (adversarios del comercio) el sacerdote y el pulpero, . . . el viejo y el joven, el pobre y el rico, la beata y la mujer de mundo . . . todos creen que tienen crédito, así como todos creen que tienen honradez.

Y . . . ¿sabe Ud? No les falta razón, porque lo uno y lo otro son cosas que cada cual se atribuye de manera antojadiza, y racional es creer que cuando todos se las apropian, algún motivo tienen. Hasta la *arepera* tiene su pedazo de *crédito* y su pedazo de *honradez*, los cuales consisten en confeccionar bien las arepas y en hacerlas bien pequeñas, á fin de que no se harten ni se indigesten los individuos de su *clientela.* Sí, de su clientela, porque ha de saber Ud. que hasta las areperas tienen clientela.

Pero á mí se me hace cuesta arriba creer, con los ojos cerrados, en la existencia de la una y de la otra cosa.

Tengo mis dudas, por lo menos, las cuales nacen de la circunstancia de que *el crédito* necesita apoyo de gran fuerza, que no todos pueden procurarse.

¿Cuál es ese apoyo?

La garantía!

Y sabido es que la garantía es al crédito, lo que la nodriza es al chiquillo que mama.

Sin chiquillo, no hay nodriza, y sin garantía, no hay crédito.

Ello es, sinembargo, que, con motivo del tal crédito, se dicen cosas que serían muy lindas y muy edificantes, si no llevaran en el fondo la mentira.

Así, no es extraño que diga un pobre diablo: "Un hombre de *mi crédito* es incapaz de acciones semejantes."—¿Y cuáles son esas acciones?—Una *salida de cuerda* en que él incurre de manera solapada, un exceso ocasional, una expansión democrática.

Ni es extraño tampoco lo que dice el pulpero de la esquina.—¿Cuál esquina?—Cualquiera, pues ha de saber Ud. que en las más de las esquinas hay un pulpero. Oigale: "Haciendo uso de mi crédito, voy á comprar algunos efectos."—Y va, y compra á su gusto, y cree, por ello, á pie firme, el muy zopenco, que le fían . . . porque tiene *crédito.*

Y siga Ud. por esta calle ó por aquella . . . Allí viene un joven . . . ¿No adivina Ud. lo que está *rumiando*? Preste oído: "Yo no hago eso . . . yo tengo que mirar por *mi crédito*!" . . . Y á pesar de eso, en plena bacanal le sorprende con frecuencia *la tibia luz de la rosada aurora.*

Mire, mire Ud! Qué andar tan majestuoso! Qué bien puesta va esa dama! Algo tímida marcha á no sé donde, y murmura pensativa estas palabras: "Con mengua de *mi crédito*, no debo acudir á la tal cita." . . . —Y ello, no obstante, al cabo de unos meses, hay necesidad de una nodriza.

¡Qué lengua la de Ud.!—Corta, muy corta . . . pero no se vaya todavía. Oiga lo que decía un *anciano de aspecto venerable:* "Tras larga vida de pundonor, me es forzoso conservar *mi crédito* que es lo único que tengo."—Y el tal crédito no le impedía permanecer en un puesto que no le correspondía halagado por la magnitud del sueldo.

Silencio ahora! . . . Ese es un sacerdote . . . Va rezando en latín . . .

Todo eso se ve, todo eso se oye á cada instante.

Tales son las frases, tales las acciones de que media humanidad se vale á cada paso, para lograr que la otra media crea en su crédito.

¿Qué es, pues, el crédito?

En puridad, es una cosa parecida al diamante, que, siendo como el diamante, es muy escasa, y que, siendo escasa, no puede ser propiedad sino de pocos.

La buena opinión respecto de los hábitos de una persona; el concepto de rectitud en que se la tiene; la fama de cumplida honra que forma en torno suyo una como brillante aureola, todo ello, resultado de costumbres aparentemente sanas . . . á eso se da generalmente el nombre de crédito, siendo así que eso es sólo la muestra de la consideración á que se hace acreedor aquel que bien procede; eso no es sino el aprecio que alcanza el que sabe cubrir las apariencias; eso no es sino el favor que el público acuerda al hombre que se le presenta como cumplidor de sus deberes.

Entre ese sentimiento de benevolencia, de afecto, de cariño; y el sentimiento de la *confianza plena*, base del crédito legítimo, hay una distancia inmensa.

Tiene un ciudadano reputación de *bueno*, porque es incapaz de empuñar el *araguaney* para enderezar los tuertos de la humanidad; y tiene, por ello, crédito de hombre piadoso, de hombre de calma, de hombre inofensivo. ¿No se parece ese hombre al manso mulo de silla, que no corcobea aunque le pinche el acicate el vientre?—¿Quién mató al vecino de la esquina?—Todo el mundo, menos el *hombre bueno*, aunque ese hombre bueno hubiera debido ser *el primero* en afilar el puñal para *sacarlo en limpio.*—Ese es el crédito que se alcanza por medio del *buen proceder.*

Y dígame Ud. ¿no es ese un crédito que podría llamarse negativo?

Veamos el *pendant.*

Tiene un hombre reputación de *malo*, de malo, porque *no aguanta en pelo*, y carga desde luego, *ese hombre malo*, con el concepto de intratable, de díscolo, de pendenciero.

¿No es esta la reputación del hombre libre—del hombre no-acémila—que, si se inclina ante la verdadera respetabilidad, jamás se doblega ante el crédito ficticio?

Y dígame Ud. ¿no es ese un crédito que podría llamarse positivo?

Hay hombres honrados (de que los hay, los hay) que no tienen la más pequeña dósis de lo que se llama *crédito*, y hay hombres pícaros, así en el comercio, como en la política, que van á todas partes con su cuello alto y su corbata blanca y su andar mesurado, los cuales tienen inmenso crédito de honorabilidad, porque son incapaces de ensuciarse las manos extrangulando á un farsario, aunque tienen la costumbre de ensuciarlas burlando, con gracia inimitable, la confianza de sus conciudadanos, y trasegando á su casa, con habilidad extrema, el público tesoro.

Ello es así, por más que Ud. le dé vueltas al asunto.

Individuos hay que, si entraran en cuentas con su propia conciencia, se declararían *ipso facto*, reos de esos delitos á que el Código penal no da cabida en sus capítulos.

Muchos hay que han hecho una fortuna; y aunque no les da ella ni respeto, ni estima, se creen, no obstante, los representantes del crédito, porque hallan siempre de par en par, en todas partes, las hojas que cierran para los demás las cajas fuertes.

Y se juzgan, por ende, hombres de pro, y aunque carecen de toda noción, muestran siempre aire de suficiencia. Se figuran ellos que son los oráculos del mundo.

Y no es nada eso—que á cada cual le es potestativo estimarse (como dicen los franceses, *au dessus* de su valor intrínseco—lo triste de este cuadro está en que la generalidad, cautivada por la apariencia, se adhiere, respetuosamente, al dictámen de esos hombres para con los cuales fue pródiga en sonrisas la fortuna.

Para la multitud, esos hombres son los representantes del crédito.

La multitud se complace en rendirles tributo de indignidad.

No es extraño; la multitdd no piensa, y si piensa, se deja guiar por el interés mezquino.

El interés es la vida en el comercio del mundo; y el crédito, en el sentido del interés comercial, móvil de las relaciones sociales, no es el resultado de la buena conducta, ni de la fama adquirida, ni del concepto público, sino la forma del homenaje que la multitud tributa al hombre rico.

El crédito—en lenguaje de verdad—es la incontestable reputación de solvabilidad; de lo cual se deduce que el crédito es una cosa que está en razón directa de la posibilidad pecuniaria. Y como no todos tienen esa posibilidad, resulta que son muy pocos los que tienen crédito. Bien lo reza el refrán: "Tanto vales cuanto tienes."

Claro es, pues, que aquel que está destituido de recursos, no puede tener crédito. ¿Quién le fía una gata? Las excepciones confirman la regla.

Mi crédito! . . . Así exclama el comerciante, sin ver, ¡el infeliz! que el crédito de que se vanagloría está basado en las seguridades que presta.

Retire esas seguridades, y ya verá que e



EL AVISPERO (*Cuadro de Bouguereau*)

crédito se desvanece como el humo del cigarrillo.

El crédito que se funda en seguridades ó garantías, es la negación de la honorabilidad. La honorabilidad es el solo sustentáculo del crédito no ficticio.

Y no cabe duda de ningún género; de tal suerte, que yo no gozaría del que tengo, si no poseyera una prenda que *no doy*, ni por un millón de pesos.

J. J. BRECA

INTIMA

Creeré cuanto he dudado ó combatido:
Que existe el bien, la dicha, la esperanza;
Y tendré por sabido
Que ese azul que mi pupila alcanza
Dejó de ser lo que hasta hoy ha sido.
Creeré que hay algo bueno en el planeta;
Que vale menos, el que tiene más;
Y creeré que el poeta
Frescos laureles de su sien sujeta
Pero en tu amor . . . ¡¡jamás!!

Caracas: 1891.

RAFAEL ESTEVES BUROZ

¡COMO ESTAMOS!

Estamos mal.

Mejor dicho, y para no ser tan pesimista, no estamos bien.

Por eso cuando una persona encuentra hoy, á otra se dicen:

—Amigo mío, cómo está usted? . . .

—Yo mal.

—Y usted? . . .

—Muy mal.

Hay una pequeña pausa de silencio y después se despiden diciéndose:

—Que mejore usted de fortuna.

—Que el tiempo se componga porque nos vamos á morir.

Cuando lo dice todo el mundo debe ser una verdad que estamos mal: porque todo el mundo es según *Lamenais*, que era un sabio, el mejor sello de la verdad práctica.

Siquiera pues, por conformarnos con la doctrina del gran filósofo, convengamos en que no estamos bien.

Ahora, yo no me devano los sesos buscando la causa de un malestar tan profundo; y no la encuentro.

Pero ¡qué diablos! ¿dónde se ha de encontrar, si ahora tenemos aquí lo mismo que hemos tenido siempre? . . .

Y ese daño tan hondo, puesto que es algo nuevo, debiera depender de una causa también nueva.

Digamos ahora, como *Los lobos marinos*.

Y es el caso preguntar ¿no serían estos *lobos marinos* venezolanos? . . .

Tal vez; porque aquí hay muchos *Lobos:* si nó que lo diga el doctor que es *Lobo:* y muchos marinos, si no que lo diga el ciudadano aquel que vino desde el Zulia hasta La Guaira sin haber recalado en la costa sino diez veces, que es muy poco, puesto que no llegó á una docena.

Pero en fin, digamos como *Los lobos marinos:* meditemos:

¿Por qué estarémos tan mal?

A ver díganme ustedes ¿que hay de nuevo aquí que fuera parte á producir la catástrofe del mal que nos acompaña?

No lo encuentro.

¿Será el Gobierno? no señor, que siempre hemos tenido en Venezuela gobiernos poco más ó menos tan respetables como el presente; que nada deja que desear.

¿Será el Congreso? no señor, porque el Congreso á juzgar por el *feto*, que es lo que hoy existe, promete ser tan patriótico y tan abnegado como sus antecesores: ó tal vez más, como dice don Policarpo, que es uno de los profetas de más nombre en el país de Los Caracas.

¿Será el comercio? no señor, que el comercio no halla que hacerse con lo que vende, y esos, que dicen que los dependientes están en las puertas de sus establecimientos á caza de bolas, son unos calumniadores como dice Abraham en nombre de Jehovat que merecen la ley del Talión, desde los pies hasta la cabeza.

¿Será la agricultura? . . . Quiá! ¿qué ha de ser la agricultura? ¿cuándo ha estado mejor esta señora que hoy: cuándo han sido más pingues sus cosechas hasta el punto de que el pionaje anda *chupando* cañas por esas calles de Dios, lo que quiere decir que hay abundancia?

Y entonces que será?

¿Cuál es lo nuevo que hay aquí?

Ah! ya lo sé; acabo de oír una *corneta* que me ha sobresaltado y sacado del estupor en que estoy.

El aviso no puede ser más elocuente.

Lo que nos tiene tan tristes y tan mal es la *guerra*.

La guerra.

Esta señora es un bicho muy malo.

La primera guerra nos dice la tradición bíblica vino de una revolución que hicieron los ángeles á Dios.

Andaban estos ángeles sacando pertrechos, y publicando boletines y conspirando como todos aquellos caballeros que tuvieron aquí en la cárcel no hace muchos días, cuando *catoplún!* se presenta Dios con los Serafines y los Querubines (no aludo al frutero porque no vivía entonces) y los pelea y los derrota y los coje prisioneros:

¿Y qué más? . . .

¿Qué más? . . . que de ahí salieron los demonios que nos están costando dolores de cabeza desde que nacemos: y sin esperanza de que eso acabe porque allá los tienen recopilados en los infiernos, adonde habremos de ir todos nosotros si continuamos tan perversos como hasta hoy y tan levantizcos.

¡Miren ustedes si ha sido desastroso el resultado de la primera guerra que hubo en el tiempo!

Y les estoy hablando á ustedes desde antes de nacer el mundo: es decir me refiero á los días del caos que fue entonces que hubo este *pelotero*.

Y después ya ustedes recordarán la guerra eterna del pecado original, consecuencia de la revolución que hicieron á Dios, Adán y Eva en el Paraíso.

Y después hay tanto hombre que extrañan por ahí, que nuestras mujeres sean tan revoltosas.

¡Son bien niños! porque si estudiaran historia, sabrían que la primera revolución después de creado el mundo, la hizo Eva con aquella bomba explosiva que se llama la *manzana* y con la cual apuntó á Adán y lo mató, y después á todos nosotros: porque la *manzana* esa, nos viene costando muchos dolores internos y externos.

Ah! la guerra es un vejigatorio que cuesta siempre muchos males.

Cada día que pasa es una cura con basilicón que se le hace al pobre país que es el paciente.

Sólo á Víctor Hugo que fue tan utopista se le ha ocurrido decir que las guerras fertilizan las naciones como los surcos del arado, á la tierra.

Se conoce que este loco como dice un presbítero, no estuvo nunca aquí y no sabe lo que es decirle á uno:

—Amigo mío ese caballo que tiene usted ahí queda embargado por orden de la autoridad: y no chiste porque queda embargado usted también.

—A la fila pedazo de . . . (yo no recuerdo lo demás que dicen).

—Si nó tengo la edad.

—No importa.

—Estoy enfermo.

—No importa.

Se oye luego un ruido á manera de chasquido y después. . . . más nada, el muchacho entra en la fila llorando.

La guerra es un verdadero desastre.

Es un terremoto.

Es un incendio.

Es una catástrofe.

Mejor: en ella entra de todo esto.

La guerra es una casa de locos.

Y aquí, dentro muy poco, nos vamos á volver todos locos.

Y locos de remate.

Ya lo están algunos, que no los nombro, para que no se enemisten conmigo.

Por eso andamos tan mal porque estamos locos.

Mejor: si nó lo estuviéramos (es decir locos) estaríamos peor, porque sentiríamos con su verdadero carácter el mal que nos aqueja.

DAVID.

?

Desearíamos saber por qué los pájaros no desentonan nunca ó por lo menos no se nota que en su canto *desentonen*. Todo el mundo ha podido observar que los canarios, etc., etc., excitados por la música que se toca cerca de ellos piano, violín, etc., y aun por el canto vocal, cantan á su vez, trinan desaforadamente, y que no importa el *tono* en el cual se esté tocando ó cantando, ellos no *desentonan* nunca? ¿por qué?

X.

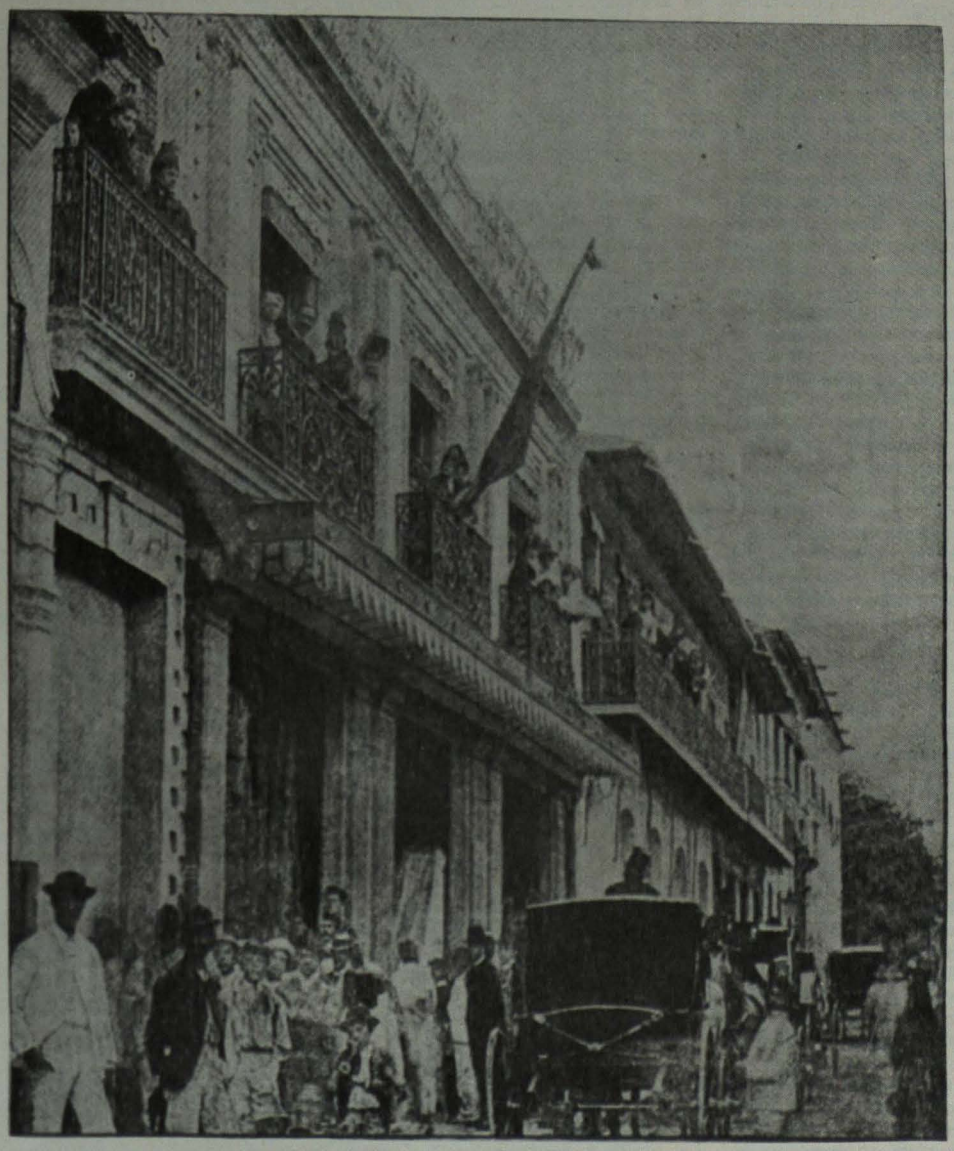
EL TOCADOR

EL COLOR—EL CUTIS

Todas las mujeres de raza blanca han tenido, y tienen en mucho, todavía, la pureza, frescura y brillo de su tez. Y, en efecto, un bonito color, una piel fina y blanca forman uno de los grandes atractivos de la mujer, á quien no puede considerarse del todo bonita, si su tez deja algo que desear.

Pero casi siempre se imaginan que el color y tejido de la piel pueden corregirse por medios externos, en lo que hay grave error, á lo menos en la generalidad. El color, cualquiera que sea, pende siempre del estado de la salud, de la constitución, del temperamento. Claro está, pues, que debemos apelar más á la higiene que á los cosméticos para modificar los defectos de la tez.

Hay familias en las cuales un bonito color es hereditario. Dad por sentado que en semejantes casos la raza es sana, de sangre pura y que no ha conocido jamás esas atroces enfermedades que asuelan á la humanidad. Preguntaban cierto día á una célebre belleza cuál era el secreto del suave tinte rosado de sus mejillas, de la delicade-



CARACAS — Almacén de la Compañía Francesa

za de su linda piel: "Ascendientes robustos y virtuosos" fue su lacónica respuesta.

Una cara demasiado colorada, sobre todo cuando el color se extiende en todas ó casi todas sus partes, no es en verdad muy deseable desde el punto de vista estético y por lo que á la salud respecta. Ello es indicio de plétora. Observad que las personas que tienen estos colores subidos, cuyos ojos mismos están veteados de sangre, son en general, glotonas, amigas del bienestar y enemigas de todo ejercicio fatigoso. Está prescrito que para hacer disminuir el color de su tez, deben esas personas refrenar su apetito, escoger alimentos menos suculentos, no entregarse á todas las comodidades y dar al cuerpo tan rico de sangre, mucho ejercicio. Su salud mejorará inmediatamente por el régimen que aconsejamos, verán desaparecer los padecimientos de la cabeza, la confusión de las ideas, los desvanecimientos. De rojo su color pasará á ser brillante, lo que es muy distinto, pues el color rosado, aun muy vivo, no sienta mal cuando sólo se halla en las mejillas, haciendo así aparecer más blancos aún la barba, la frente y la nariz que él ha abandonado por fortuna.

Los colores brillantes, febriles, que se fijan principalmente en los pómulos, son generalmente el indicio de la consunción. Por desgracia no es á la higiene tan sólo que debemos ocurrir para la causa que los ocasiona.

Cuando el color es *malo*, lívido como de pasta, muy blanco, verdoso, amarillo ó purpúreo, anuncia siempre pésimo estado de salud. Puede el color pálido ser á veces natural, pero comunmente es indicio de dispepsia, de circulación débil, extenuada.

La palidez se debe á una vida pasada dentro de la casa, á la falta de ejercicio, al hábito ó á la necesidad de huir de la luz del sol y del día. El tinte pálido proviene de un temperamento linfático. El color aceitunado no es siempre efecto de una enfermedad, antes de inquietarse por ello, es necesario remontar á los ascendientes para averiguar si la persona ha tenido algún antepasado meridional ó criollo. El tinte muy blanco, sin mezcla de color, pertenece á una persona cuya salud se halla seriamente atacada, bien que nada lo haga presumir á veces. El color purpúreo puede provenir de una enfermedad del corazón. El color amarillo exije especial atención.

Ya se ve, pues, que es necesario, cuando el color es enfermizo, observar muchas precauciones.

La higiene puede bastar amenudo y trataremos de trazar lo principal de esta medicina preventiva para las mujeres al menos.

Una mujer muy flaca que se conserva bien, sinembargo, no tiene jamás un bonito color en virtud del proverbio aquel que dice que ninguna piel es bonita sobre los huesos. Pero ya le daremos el medio de engordar un poco. En primer término le diremos á todas las mujeres en general, que es indispensable reprimir la impaciencia, las crispaturas, que desgastan la sangre aún más que la enfermedad y que el mismo pesar.

Debe recomendarse á todo el mundo el preservarse la cara del ardor muy fuerte del calor artificial.

El frío es desfavorable para las morenas, la atmósfera caliente para las rubias. Siempre que podamos elegir nuestro paseo evitaremos caminar contra el viento.

El abuso del beso es perjudicial al cutis. Hay muchos padres á quienes desagrada el que besen á sus chiquillos frecuentemente, porque creen que esto hace daño á la frescura de la piel de los niños.

Luego diremos á las mujeres cómo deben alimentarse y vivir para conservar un bonito color ó mejorarlo, para estar siempre bellas sin detrimento de su salud.

Baronesa Staffe

OMNIPOTENCIA DE EROS

Continuación.

IV

Contemplemos ahora la obra de Eros. Perdida mi mente en ese laberinto de encantos indefinibles: extasiado mi espíritu al ver abrirse en todas direcciones senderos floridos, caminos resplandecientes de luz; al divisar allá, muy lejos, millones de diamantes que fulguran en el fondo de los cielos cual otros tantos ojos centellantes de pasión y de ternura, figuras vaporosas y casi ideales que brillan con suave y mágica luz, y en las que germinan las semillas de los soles y de los mundos: enagenada mi inteligencia al oir el murmullo cadencioso de los infinitamente pequeños en su perpetua creación de los seres, la tierna melodía de innumerables voces que entonan como un cántico de alabanzas al Creador, las arrebatadoras armonías del concierto universal: arrobado mi sér al contemplar el soberbio panorama de la creación; y sobre todo, conmovida profundamente mi alma, cual delicada cuerda que vibra al unísono de un instrumento divino, por la inmensa palpitación de amor que anima todo en el universo, mi voluntad se siente anonadada, y apenas si mi pluma puede trazar algunas frases incoherentes para pintar muy imperfectamente la incomparable hermosura y el soberano hechizo de la naturaleza.

¡Cuántas inspiraciones sublimes descienden sobre el alma y la inundan de goces inefables en esos momentos de paz en que nos entregamos á contemplar la majestad del firmamento! La insondable inmensidad del espacio: el número prodigioso de soles esparcidos en él como polvo de oro y de diamante: las revoluciones incesantes de los mundos que gravitan armoniosamente en el seno de la luz y de la vida: las metamórfosis internas y permanentes que se verifican en todos y en cada uno de estos cuerpos: el infinito, en fin, realizado en la materia, en el movimiento y en la vida, tales son las ideas que cruzan nuestra mente á la vista de tanta magnificencia y tal es también el espléndido presente de la astronomía moderna, la más perfecta de las ciencias naturales. Si tan imprevistas revelaciones han humillado la vanidad del hombre, átomo inteligente, parásito de un grano de arena perdido en la inmensidad, han debido darle al mismo tiempo un sentimiento más elevado de sn verdadera dignidad intelectual, haciéndole apreciar todo el alcance de sus medios efectivos convenientemente empleados. A la idea fantástica y enervante de un universo creado para el hombre, sustituimos la concepción real y vivificadora del mismo hombre, descubriendo, por un ejercicio ordenado de su inteligencia, las verdaderas leyes generales del mundo, á fin de modificarlas hasta donde alcance su poder, y hacerlas servir á la satisfacción de sus necesidades y de sus deseos.

Rotas las esferas de cristal de la Edad Media y esparcidas en todas direcciones y á distancias enormes las estrellas enclavadas en su superficie, se transforman en tierras y en soles esos puntos centellantes. La debilidad natural de nuestra vista ha desaparecido como por encanto, y al volver los ojos hacia el cielo percibimos, atónitos, un espectáculo deslumbrador en medio del cual habían vivido los hombres sin tener idea de él.

El universo se ha transfigurado. Por uno de los descubrimientos que hacen más honor á la rectitud natural de nuestro juicio, hemos comprendido, que en vez de estar inmóvil el planeta en que existimos, se cierne en la extensión, de concierto con otros semejantes, calentados é iluminados por el mismo sol, formando su conjunto como una pequeñísima armada que boga tranquilamente en el océano sin límites del espacio. El dedo de Kepler les demarca su camino: el genio de Newton, descubre la ley que constituye su armonía; y todo este sistema, no obstante sus dos mil doscientos noventa y cuatro millones de leguas de diámetro, es apenas una estrella de la innumerable multitud cuyo agrupamiento ocupa una región insignificante del espacio bajo el nombre de Vía láctea, que no es sino una nebulosa de los muchos millares que pululan en la inmensidad.

Consideremos por un momento los ciento y más millones de soles que componen la Vía láctea, ó sea nuestro universo sideral. Estos soles ya simples, ya dobles, cuádruples, múltiples; ya blancos, ya amarillos, rojos, azules, verdes, guardan entre sí tales distancias, que la luz, salvando el espacio con la increíble velocidad de setenta y cinco mil leguas por segundo, tarda muchos años para ir de los unos á los otros. De nuestra estación á la más cercana, la estrella Alfa de la constelación del Centauro, hay doscientas veinte y dos mil veces la distancia de la tierra al sol. En torno á cada uno de ellos giran, con extraordinaria rapidez, numerosos planetas y satélites, sobre cuya superficie germinan, crecen, se reproducen, sienten, piensan, aman, millones de millones de seres, de formas inimaginables. Cruzan el dilatado espacio que separa los soles un denso enjambre de aerolitos, que cayendo á las veces sobre aquellos, alimentan su luz y su calor, y les llevan como rasgos de la historia pasada de mundos desaparecidos; y otra cantidad incontable de cometas flamígeros con sus formas etéreas y sus magníficas caudas, que son, quien sabe, los sembradores de la vida en el universo.

Todo esto es verdaderamente asombroso; pero es mucho más sorprendente el saber que todo bulle en perpetua animación. Los antiguos habían creído que el reino de los cielos era el tipo de la inmovilidad eterna. Santo Tomás de Aquino escribió mucho acerca de la incorruptibilidad de los cielos. La ciencia, empero, ha demostrado que nada hay estable en la naturaleza: todo se mueve, todo cambia, todo varía, todo se agita en un flujo contínuo de acciones y reacciones. El movimiento es la ley, es la vida universal; y el agente de estas transformaciones es el brazo de Eros, es decir, la gravitación neutoniana.

Comencemos por nuestro planeta; en primer lugar no está fijo en su eje, sino que gira sobre sí mismo de occidente á oriente, dando una vuelta en veinte y cuatro horas, ó sea con la velocidad de cerca de siete leguas por minuto en el ecuador. Este movimiento produce la sucesión del día y de la noche, y la rotación diurna de las estrellas de oriente á occidente. Además, la tierra voga en el espacio con un movimiento elíptico al rededor del sol, terminando un giro en trescientos sesenta y cinco días y seis horas aproximadamente; y con la espantosa velocidad de más de siete leguas y un cuarto por segundo. Este otro movimiento produce para nosotros la sucesión de las estaciones y de los años. Las velocidades que animan á la tierra en su doble marcha no son tampoco una cantidad constante. La rotación, que por mucho tiempo se había tenido como uniforme, se hace al parecer más lenta de un segundo en el trascurso de cien mil años, debido esto al fenómeno de las mareas, y produciendo como apariencia, una parte de la aceleración secular del movimiento de la luna. La velocidad de la traslación tampoco es fija, puesto que crece cuando la tierra va del afelio al perihelio, y disminuye cuando vuelve del perihelio al afelio; y el incremento y decremento de la misma velocidad, ó sea la aceleración y el retardo, no son invariables, ya que la gravitación no es una fuerza constante, sino que varía en razón inversa al cuadrado de la distancia.

El eje sobre el cual la tierra hace su rotación parece fijo de un año á otro; pero en realidad se mueve aunque lentísimamente. La variación del eje de la tierra equivale á un doble movimiento de circunducción ejecutado por dicha línea, tomando como punto fijo el centro del globo. La imagen más fiel de tal movimiento son los cabeceos de un trompo que baila sobre una mesa. La causa es la atracción del sol sobre la intumescencia ecuatorial de nuestro planeta. Este movimiento es causa de otro en la bóveda celeste: los puntos equinoxiales se mueven sobre el Ecuador de oriente á occidente, con la velocidad media de 50″2 por año; y necesitan para terminar una vuelta entera por el cielo de 25.765 años. Este movimiento se llama la *precesión ó retrogradación de los equinoxios*. Como del de primavera es que comienzan á contarse las ascenciones rectas y las longitudes de las estrellas, ó sean sus distancias al primer horario y á los círculos de longitud, resulta que estas aumentan sin cesar de 50″2 por año. La apariencia es como si toda la esfera estrellada se moviese, como una sola pieza, de occidente á oriente, y diese una vuelta en 25.765 años. Como la llegada de la tierra á los puntos equinoxiales y solsticiales determina el principio de las estaciones, es una consecuencia de la precesión de los equinoxios que aquellos se adelanten constantemente respecto del movimiento aparente de las estrellas.

La directriz del cono sobre el cual se mueve el eje de la tierra en la precesión, no es tampoco fija, ya que dicho eje hace, además, un vaivén en torno á una posición media. Esta oscilación se conoce con el nombre de *nutación;* está en correspondencia con el de los nodos de la órbita lunar; es producido por la atracción de la luna sobre la intumescencia ecuatorial de la tierra, y hace describir al polo terrestre una pequeña elipse en el cielo durante un poco más de 18 años. Como la nutación hace que el polo boreal de la esfera celeste se acerque al polo de la eclíptica ó se aleje de él, y varíe además de posición respecto de las estrellas; y como los planos del ecuador y de la eclíptica son perpendiculares á sus respectivos ejes, resulta una variación en el ángulo que forman: el ecuador se aproxima á la eclíptica ó se retira de ella, y el *máximum* de la oscilación es de 9″65. La apariencia producida por la nutación es que se ve á las estrellas inmediatas al polo acercarse á él durante nueve años, y alejarse por otros nueve. La combinación de los movimientos de precesión y de nutación produce un movimiento ondulado del eje de la tierra al rededor del eje de la eclíptica.

A primera vista se creería que la dirección del plano de la órbita terrestre, la posición de la elipse en este plano, y la forma de la misma elipse son cosas invariables; pero nada hay de esto. El plano de la eclíptica se acerca ahora al plano del ecuador; y tal movimiento, que se llama la disminución secular de la oblicuidad de la eclíptica, tiene un valor actual de 48″ por siglo. La mecánica celeste demuestra que la eclíptica no llegará nunca á coincidir con el ecuador; sino que alcanzado cierto punto, volverá sobre sus pasos: no hay otra cosa sino un ligero balanceo del plano de la eclíptica, tomando como eje á manera de charnela, la línea de los equinoxios: la amplitud de esta variación no pasará de un grado, veinte y un minutos. Esta perturbación produce un cambio en la latitud de las estrellas; y como la división en zonas de nuestra tierra depende de dicha oblicuidad, se sigue que hoy por hoy, las zonas tórrida y frías disminuyen progresivamente en beneficio de las templadas, por la aproximación de los trópicos al ecuador, y estrechamiento de los círculos polares.

Al mismo tiempo que el plano de la órbita terrestre cambia de dirección en el espacio, al elipse descrita por la tierra gira lentamente en dicho plano de manera que su eje mayor toma distintas direcciones. Este movimiento que se conoce con el nombre de desalojamiento secular del perihelio, hace avanzar á éste de occidente á oriente con gran lentitud. Su valor es de 11″7 por año y determina una rotación completa del perihelio en 21.000 años. La duración relativa de las estaciones depende de la posición del eje mayor de la órbita terrestre, ó sea la línea de los ápsides, con respecto á la línea de los equinoxios. Combinado, pues, el movimiento de que ahora tratamos, con el de precesión de los equinoxios que se verifica en sentido inverso, deben traer un cambio en la expresada duración. Mr. Adhemar en su obra *Las Revoluciones del Mar*, atribuye á esta causa astronómica el fenómeno geológico conocido con el nombre de período glaciario. Su explicación, aunque bastante ingeniosa, tiene puntos débiles que han impedido el que sea aceptada por los geólogos.

La figura de la elipse terrestre no es constante, puesto que es más ó menos alargada; actualmente se aproxima al círculo, y dentro de 24.000 años poco más ó menos llegará casi á serlo. No habrá entonces ni perihelio ni afelio, ya que la tierra estará casi á la misma distancia del sol en todos los puntos de su órbita, y su movimiento de traslación será sensiblemente uniforme; pero alcanzado este punto, la elipse comenzará á estirarse de nuevo hasta llegar á ser lo que era ahora 100.000 años, y así de seguida. Este movimiento se denomina la variación de la exentricidad de la órbita terrestre.

Hemos dicho que el movimiento de traslación



ESPAÑA — DAMAS DE GRANADA

de la tierra no es uniforme con motivo de las variaciones de la atracción solar; hay, empero, otro motivo de variación cual es la atracción de los demás planetas, sobre todo, la luna y Venus por su proximidad, y Júpiter por su magnitud. Cuando algunos de ellos ó todos están situados por delante de la tierra, la hacen caminar con más rapidez; si se encuentran por detrás, detienen un tanto su movimiento, todo en virtud de sus atracciones recíprocas; y se concibe el número de irregularidades, calculables sin embargo, que la posición respectiva de estos cuerpos introducirán en el movimiento de la tierra.

Cuando todos los planetas se encuentran del mismo lado del sol, suman sus atracciones y lo desalojan del foco geométrico de la elipse. Su centro de gravedad no coincide con su centro de figura; y como es en torno al primero que la tierra gravita, hay una nueva causa de complicaciones. Agréguese á lo dicho las acciones de las estrellas hasta ahora desconocidas, y se verá cuantos motivos de variaciones en nuestro planeta.

Los demás planetas están sugetos á las mismas ó más numerosas perturbaciones. Las de Marte, Júpiter, Saturno y Urano son con mucho las más conspicuas, porque la gran masa de los tres últimos es una poderosa causa de alteraciones. La luna experimenta numerosos y muy notables trastornos causados principalmente por las atracciones de la tierra y el sol. Los variadísimos giros y perturbaciones de los satélites de los otros planetas, que los tienen, deben ser muy complicados, porque siendo, en cada caso, más de uno, han de agregar sus atracciones recíprocas á las del sol y del planeta principal.

Los ejes mayores de las órbitas, he aquí el único elemento hasta ahora, invariable de nuestro sistema planetario. ¿Y el mismo sol? se preguntará. ¿No es el rey que tranquilamente sentado en su trono resplandeciente gobierna á la lucida corte de sus rendidos súbditos? No: el sol, como todas las estrellas, viaja por el espacio con velocidad inaudita. Conócense dos movimientos de este astro; uno de rotación sobre su eje, y otro de traslación con todo el sistema por el cual viene de la constelación de la Paloma, y nos arrastra hacia la de Hércules corriendo á lo menos diez leguas por segundo.

¿Y ese polvo estelar que en las noches claras y serenas convida á nuestra inteligencia á pasearse por los campos inexplorados del infinito, y nos hace soñar con la vida universal y eterna? Todos esos cien millones de soles que componen la Vía láctea se mueven en todas direcciones con velocidades vertiginosas. La estrella Alfa del Cisne se dirige actualmente en línea recta hacia nosotros andando cincuenta y siete mil seiscientas leguas por hora. Arturo vuela en el espacio á razón de setenta y cinco mil leguas en el mismo tiempo; y una estrella sin nombre, conocida solamente por su número de orden, la 1830 del catálogo de Groombridge, se precipita con la estupefaciente velocidad de doscientas noventa y cinco mil doscientas leguas por hora, ó sean ochenta y dos leguas por segundo.

Todo cambia de posición en el espacio. El cielo de hoy no es el de ayer, y el de mañana no tendrá nunca semejante. Una combinación que se produce trae otra que no se había visto hasta entonces; y cada sol, sometido á influencias sin cesar diferentes, lanzado en una ruta en la que no retrocede jamás, vuela á través del vacio por toda la eternidad. Es literalmente una lluvia de luz y de fuego en que cada gota es un sol que cae en un abismo sin fondo. Haciendo abstracción de la magnitud y del tiempo, son, por todas partes, torbellinos semejantes á esos de polvo que el viento levanta en nuestros campos y paseados de la misma manera en los campos infinitos por el soplo del Eterno.

Aterrada nuestra imaginación por la inmensidad y los movimientos vertiginosos del universo, podría creer que estos se realizan al acaso. No, que el orden, la regularidad y la armonía imperan por todas partes. Observaciones seguidas con cuidado han establecido, por los movimientos de las estrellas múltiples, que la atracción se ejerce más allá de las órbitas de Urano y de Neptuno. Uu gran número de puntos luminosos que parecen simples, se desdoblan bajo el poder de los grandes telescopios, en sistemas compuestos de dos ó más soles; y lo más admirable es que en vez de ser blancos, brillan por lo común con fuegos de distintos colores formando los más espléndidos contrastes. Muchos de estos sistemas están animados de movimientos relativos que comprueban la acción recíproca que ejercen los unos sobre los otros. Hay grupos con movimiento relativo cierto: sistemas orbitales ciertos ó probables: grupos de perspectiva, sistemas físicos cuyos componentes se desalojan en línea recta: sistemas ternarios; triples no ternarios, formados de un sistema binario y un compañero óptico etc., etc. Estos soles conjugados demuestran la universalidad de la atracción; la omnipotencia de Eros. ¡ Magnífica afirmación de la unidad de los mundos ! La avecilla temblorosa que ensaya su vuelo en torno al nido de amor de donde su madre inquieta le contempla, se siente caer hacia el suelo en virtud de la misma ley que más allá del infinito de los cielos sin límites suspende los gigantescos soles á la invisible red de las atracciones estelares.

Las condiciones íntimas de cada cuerpo cambian al par de sus posiciones siderales. Esas estrellas que nos aparecen como puntos luminosos, son inmensos laboratorios de combustiones inauditas, teatros de convulsiones formidables; focos que lanzan al rededor torrentes de calor, ondas de luz inagotables, y distribuyen efluvios de vida á los planetas que les acompañan, y antorchas que guían á mil y mil humanidades viajeras que cumplen en estos últimos sus destinos. Las pruebas de tal animación las tenemos en las múltiples variaciones observadas en las estrellas. Las hay que consisten en el aumento y disminución periódicas de su brillo: otras en el cambio de color: estas en el apagamiento lento: aquellas en la aparición de nuevas estrellas y hasta la desaparición de algunas. Entre las periódicas son notables, Algol ó la Beta de Perseo, y la Omicron de la Ballena, llamada la maravillosa. Sirio ha pasado dentro del período histórico del rojo de ceresa al blanco brillante y algo azulado. Varias son aquellas cuya luz ha disminuido de intensidad en el trascurso de los siglos; la más notable es la Eta del Navío; hay una del pié de delante de Aries y otra del Escorpión. Entre las nuevamente encendidas tenemos la que apareció súbitamente de primera magnitud en la constelación de Casiopea, el año de los asesinatos de la noche de San Bartolomé; fue observada por Tycho Brahé; duró diez y ocho meses, y desapareció para no volver más. La que apareció en la constelación de Serpentario el 10 de octubre de 1604 y que sobrepujó á las de primera magnitud: fué

disminuyendo gradualmente, y en marzo de 1605 era completamente invisible: fue estudiada por Kepler y Galileo. Cuéntanse más de veinte y cinco aparaciones de nuevas estrellas después que se observan con cuidado, y actualmente llama la atención una en el Cochero. Las apagadas son ya muchas: una del mismo Cochero, la 11ª del Lobo, seis vecinas del Pescado austral etc., etc. Las transformaciones celestes son más ó menos veloces; pero con tal que se les abra esos abismos del tiempo en que los siglos se añaden á los siglos como las tranquilas oscilaciones del péndulo, las más lentas terminan por cumplirse como las más rápidas.

¡¡¡Y este conjunto admirable de la Vía láctea es apenas como un pequeñísimo archipiélago en el mar inacabable del infinito!!! En torno se estiende en todas direcciones el espacio insondable; y más allá, en los confines de esta región, á distancias inmensurables, hacia arriba, abajo, adelante, atrás, á derecha, á izquierda, otros mil y mil sistemas, nuevos archipiélagos de soles y de mundos, de luz y de vida; y más allá, el espacio sin fin con otras nebulosas, y otros soles, y otras vidas, y otras aspiraciones, y otros amores. Si arrastrado nuestro pensamiento nos lanzamos en los campos inexplorados de la extensión, viajando con la velocidad de la luz, setenta y cinco mil leguas por segundo, caminarémos un siglo y otro siglo encontrando mundos á nuestro paso: diez siglos, cien siglos, mil siglos, un millón de siglos y siempre la misma perspectiva. A los cielos suceden otros cielos: soles tras de soles: sistemas tras de sistemas; y cuando agotados por tan rápida y continuada carrera creemos tocar los límites de lo creado, nos hallamos siempre con la inmensidad ante nosotros. Más allá del término que nuestra imaginación pueda asignar á la naturaleza está la misma naturaleza en constante animación y vida; y más allá todavía . . .
¡Ah! La inteligencia se siente anonadada al encontrarse en presencia del INFINITO.

Continuará

R. VILLAVICENCIO

MELODIA

(Para la música de NARCISO SALICRUP)

Vuelve, ilusión querida,
Purísima ilusión,
Vuelve á alegrar mi vida
Y á embellecer mi amor.

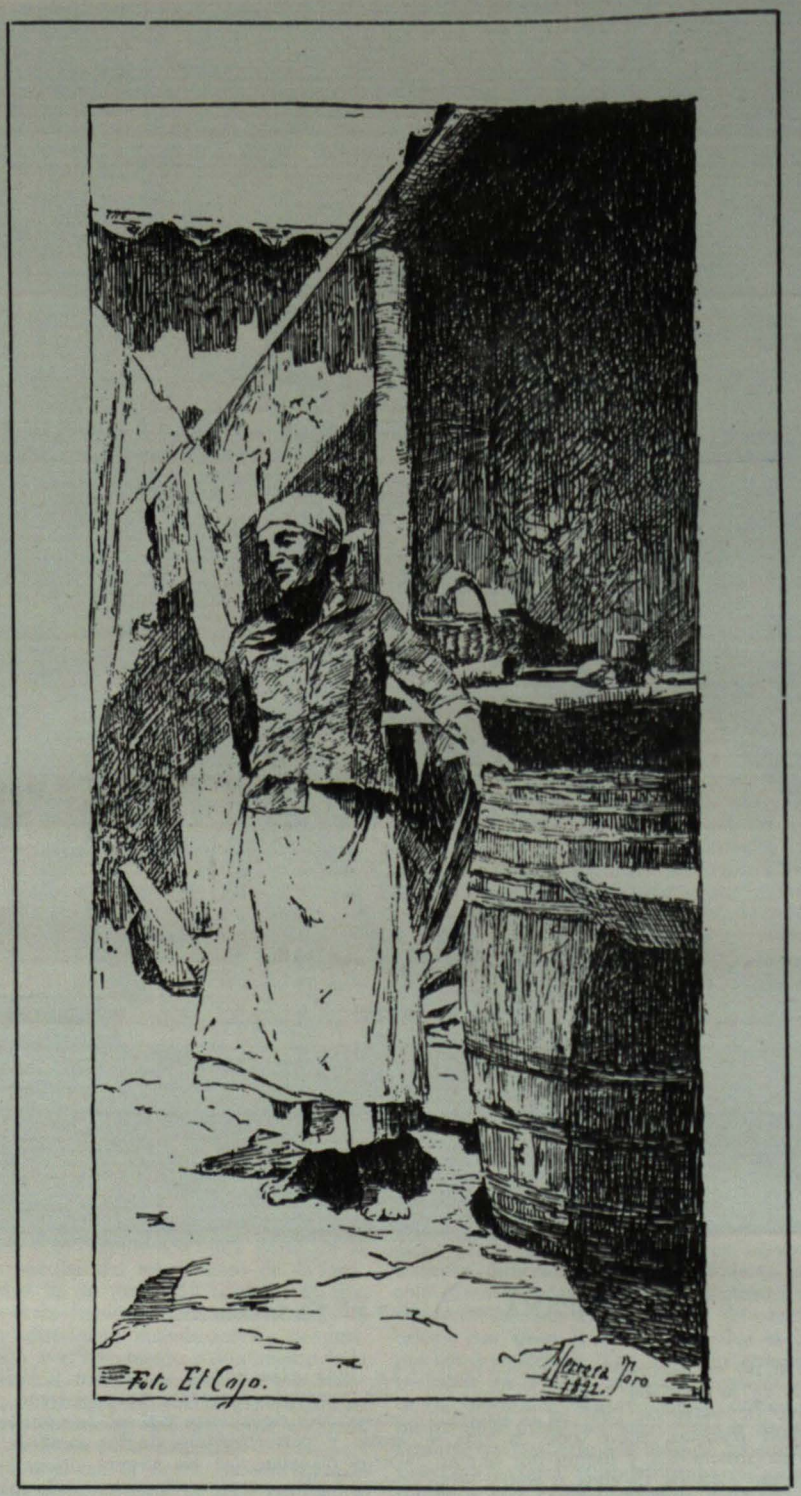
Que las brisas en sus alas
Mis suspiros llevarán
Y volando en torno de ella
Cuanto la amo la dirán.

Y de sus negros ojos
Al suave resplandor,
La juraré de hinojos
La fe de mi pasión.

Y juntándose en el viento
A mis votos su perdón,
En mi pecho no cabría
Tanta dicha, tanto amor.

MIGUEL LUIS GARCIA

1890.



LA COCINERA DE CASA

Hemos recibido los números 38 y 39 de *El Zulia Ilustrado*, que contienen el siguiente:

SUMARIO

LECTURA.—*El Dr. Francisco Jugo.*—Por Francisco Ochoa.
Los Filibusteros.—Conclusión.
El Coendú de cola prehensil.—(Cercolabes prehensilis.)
Documentos para la historia del Zulia.—Erección del Santo Hospital de la ciudad de Maracaibo.
Plano del Castillo de San Carlos.
Flora del Estado Zulia.—Por José Félix Fuenmayor.
Indice del tomo I.

GRABADOS.—Retrato del Dr. Francisco Jugo.
El Coendú de cola prehensil.—(Cercolabes prehensilis.)
Facsímile del plano original del Castillo de San Carlos.

NECROLOGIA

Ya para entrar en prensa el presente número hemos sabido la prematura muerte de nuestro querido amigo y colaborador científico, el señor doctor Enrique Razetti. Damos en estas líneas el pésame á sus deudos mientras publicamos, en uno de nuestros próximos números el retrato de este ilustrado amigo que prometía, por su saber é inteligencia ocupar puesto muy distinguido en el campo de las ciencias.

En escuchar constantemente y en pensar y aprender siempre, consiste el secreto de vivir. El que ni atiende, ni desea, ni aprende, no es digno de vivir.—**

La prueba más infalible de tener mal gusto, es el estar prendado de sí mismo.—**

Más útil es para la salud una lectura amena, que el mejor ejercicio corporal.—*Kant.*

Vivir oculto es vivir feliz.—*Ovidio.*

Solución de Charadas del número 15

ESCABECHE. — ANACLETO



CARABOBO — Pueblo de la Independencia

fotografía de Roche



Los Roques



LOS POR QUÉ
DE LA SEÑORITA SUSANA

POR

EMILE DESBEAUX

—

Continuación

—

CAPITULO XI

EL DÍA DE AÑO NUEVO

A la mañana siguiente, lo primero que hizo la niña fue presentar sus felicitaciones de año nuevo á su madre, á su abuelo y á su hermano.

Como el lector supondrá, no volvió de estos tres viajes con las manos vacías; todos la obsequiaron con algún presente.

A cada instante llegaban al hotel regalos y más regalos para la señorita, de parte de todos los amigos de la casa.

La niña reunía en su cuarto los aguinaldos que iba recibiendo, libros, estampas, juguetes de todas clases, nuevas invenciones, cartuchos de confites, botes elegantes y lujosos, objetos de tocador, muñecas parlantes y de movimiento vestidas á la moda, sonrosadas, rubias, con las cejas muy exageradas y los ojos demasiado grandes, ¡pero tan bonitas!

Se encontraba la niña satisfecha entre todas estas cosas, cuando al medio día, después de verlo, palparlo y examinarlo todo, se vuelve á la doncella que se hallaba entonces á su lado y le dice:

—Escucha, Luisa, ¿las niñas están muy contentas hoy?

Y como Luisa no le respondiera, ella agregó:

—Oye, ¿no es verdad? ¿Por qué no me respondes? ¿No son felices el día de año nuevo las niñas que han sido buenas todo el año?

Entonces Luisa se decidió á contestar:

—No todas, señorita.

—¡Cómo! ¿hay algunas que no están contentas en un día como hoy? ¿Es posible eso con tantos aguinaldos?

—Es que hay muchas niñas que no reciben regalos hoy ni nunca.

Susanita dejó caer un libro que hojeaba, y mirando á su doncella:

—¿Qué estás diciendo? preguntó asombrada, ¿hay niñas que han sido buenas todo el año y no reciben regalos en el día de hoy?

—Sí, señorita.

—¿Y por qué, dí?

—Porque son pobres.

—¡Ah! murmuró únicamente Susanita; y luego, pasado un corto rato de reflexión, añadió esto:—¡Es verdad!

La niña estaba en pie en medio de sus tesoros infantiles, mirándolos inmóvil, y al parecer madurando algún magno proyecto.

—¿Conoces tú, dijo al fin á la criada, á algunas de esas muchachas pobres?

—Sí, señorita, las conozco.

Nueva pausa; y poco después la niña, mirando con cariño sus regalos cual diciéndoles adiós, se los señaló con una mano á Luisa:

—Pues llévales todos esos, dijo con sencilla naturalidad.

La doncella se quedó tan sorprendida con tan repentina decisión, que creyó haber comprendido mal.

—¿No me has oído? preguntó Susanita.

—¡Qué, señorita! ¿quiere usted?...

La niña contestó con un movimiento de cabeza afirmativo, que mostraba claramente su resuelta voluntad.

—¿Y su mamá de usted? observó Luisa.

—¡Oh! cuando mamá lo sepa me dirá que he hecho muy bien. Estoy segura de que me besará. Vaya, llévatelo todo y repártelo á esas pobres niñas. Anda, Luisa, despáchate.

La criada salió con el pretexto de ir á buscar cestas para poner los regalos, pero en realidad para avisar á la señora de lo que sucedía.

La señora escuchó á Luisa con singular atención.

Cuando ésta acabó de hablar, aquella dijo:

—¿Conoce usted, en efecto, á las niñas de que habla?

—Sí, señora, conozco lo menos diez en este barrio; son hijas de mercaderes pobres y de vendedores ambulantes que viven por aquí cerca.

—Pues haga usted lo que desea la niña, pero no deje usted de presentárseme cuando lo haya hecho.

Muy satisfecha la criada volvió al cuarto de la niña, y ésta la ayudó á colocar los juguetes con el mayor cuidado. No quiso conservar para sí otra cosa que los libros.

No se podría jurar que nuestra amiguita empaquetara los aguinaldos sin ahogar algún suspiro de pena, sobre todo al desprenderse de dos ó tres regalos que le habían causado una alegría mayor. Cuando todo estuvo empaquetado y listo, la criada, con una cesta en cada brazo y ambas llenas de riquezas, dijo á la niña:

—¡Ay! señorita, ¡cómo le van á dar á usted las gracias y qué contentas se pondrán!

—Y yo, ¿crees tú que no estoy contenta?

Por esta vez, se puede asegurar que la niña no se engañaba. Era realmente dichosa.

Levantó las cortinas para ver á Luisa atravesando el patio, y cuando la vió alejarse fue á buscar á su madre para contarle lo que acababa de hacer.

La señora, conmovida y encantada de tener tal hija, le respondió sencillamente con estas dos palabras:

—¡Bien hecho!

No es necesario decir que la besó y la abrazó.

Susanita sonreía con una sonrisa que significaba: "Ya lo sabía yo."

Luisa al volver manifestó á la niña la alegría que había causado á sus vecinitas pobres, y cuán agradecidas habían ellas quedado. Las madres habían llorado de placer viendo que sus hijas también tendrían aguinaldos, ¡y qué aguinaldos!

Después pasó Luisa al aposento de la señora, como se le había ordenado.

La señora mandó cerrar la puerta y habló misteriosamente con la criada por espacio de más de un cuarto de hora.

Hecho esto le entregó dinero, mandándola ejecutar puntualmente las instrucciones secretas que le había comunicado.

Debemos decir que Pablo y el abuelito, cuando supieron el caso, felicitaron á la niña de tal suerte que ella sintió no tener más cosas que repartir.

XII

LO QUE SUSANITA HABÍA HECHO DE SUS REGALOS

El día primero de enero se pasa en familia. El día dos se consagra á los amigos y amigas de la casa; es el día de las visitas.

A cosa de las tres empezaron á llegar las amigas de la señora.

Las que llevaban niñas permanecían en la sala, como todas; pero sus niñas eran conducidas al gabinete de Susanita.

La primera niña que llegó era una preciosa morenita, de grandes ojos oscuros con pestañas negras y abundantes, que parecían dormidos ó soñadores.

En realidad, la señorita Adela siempre tenía sueño.

Por eso su familia y sus amigas la llamaban la princesita Marmota, apodo tan amable como merecido.

No bien entró en el cuarto de Susanita, se dejó caer en un sillón y dijo con el aire más lánguido del mundo:

—¡Enséñame tus aguinaldos!

La niña mostró los libros que estaban encima de la mesa.

—¡Ah¡ no tienes más que eso, murmuró la princesita Marmota. Pues mira, ¡yo tengo! yo tengo... y el resto de la frase se desvaneció en un murmullo bastante desdeñoso.

La pobre Susanita empezaba á estar inquieta. Pensaba con razón que todas sus amigas iban á hacerle igual pregunta.

¿Cómo evitar la dificultad de una respuesta en la que su amor propio estaba comprometido?

La princesa Marmota no era ya de temer, pues encontrándose bien en la butaca había cerrado sus hermosos ojos y sin duda iba á dormirse; pero, ¿y las otras?

Cabalmente en aquel punto invadía su habitación otra niña, que sin dar siquiera los buenos días á Susanita va y viene de un lado á otro, mirándolo todo como quien busca algo.

La princesa Marmota no estaba en disposición de hacer nuevas preguntas.

Dormía profundamente.

Pero el diablillo que acababa de llegar, charlando sin cesar y con una curiosidad sin medida, se movía continuamente con maneras vivas y movimientos bruscos más propios de un niño que de una niña, por todo lo cual era más de temer.

María, que así se llamaba, también tenía su mote.

La llamaban la señorita "Eso me estorba," porque desde chiquitita, queriendo tener libertad de movimientos, se sentía mal en su ropa. Todo la contrariaba, todo la oprimía, desde la cinta de la enagua ó el cordón del corsé hasta el ala del sombrero, el nudo más pequeño ó el pliegue más insignificante. No cesaba, pues, de repetir con una graciosa mueca: "¡Eso me estorba! ¡eso me estorba!"

Y movía los hombros, levantaba los brazos, se estiraba ó se encogía, hasta que cedían los lazos y los cordones, se le rompían las mangas, se le aflojaba el corsé y todos los estorbos desaparecían.

Debe suponerse que la señorita "Eso me estorba," con una sangre tan viva, exigiría de Susanita alguna contestación.

Se había plantado ante ella, con los brazos cruzados, y mirándola de frente no paraba de repetir:

—¿No quieres enseñarme tus juguetes? ¿Por qué los has escondido?

La pobre Susanita estaba muy cohibida. Su amor propio la excitaba á responder: "¡Tengo más que tú, mis juguetes son más bonitos que los tuyos! Pero al mismo tiempo adivinaba que su buena acción, pregonándola, se deslucía; y prefería callarse.

La señorita "Eso me estorba" sacudió bruscamente á la dulce princesita que dormía como una marmota, y ésta abrió sus grandes ojos diciendo:

—¿Qué hay?

—¿Has visto los aguinaldos de Susanita?

La princesita dormilona, sin tomarse el trabajo de responder, extendió su mano hacia la mesa llena de volúmenes con encuadernaciones doradas y lujosas.

—Esos son los libros, ya los veo, dijo Mariquita; ¿pero dónde están los dulces, los juguetes y los otros regalos?

Y volviendo á mirar á Susanita con un principio de extrañeza:

—¿No has recibido regalos? preguntó.

En aquel momento se oyó ruido de pasos y de voces en la puerta del cuarto, y entraron cinco ó seis niñas, todas alegres y risueñas.

Se agruparon alrededor de Susanita, y luego exploraron con la vista los rincones del cuarto.

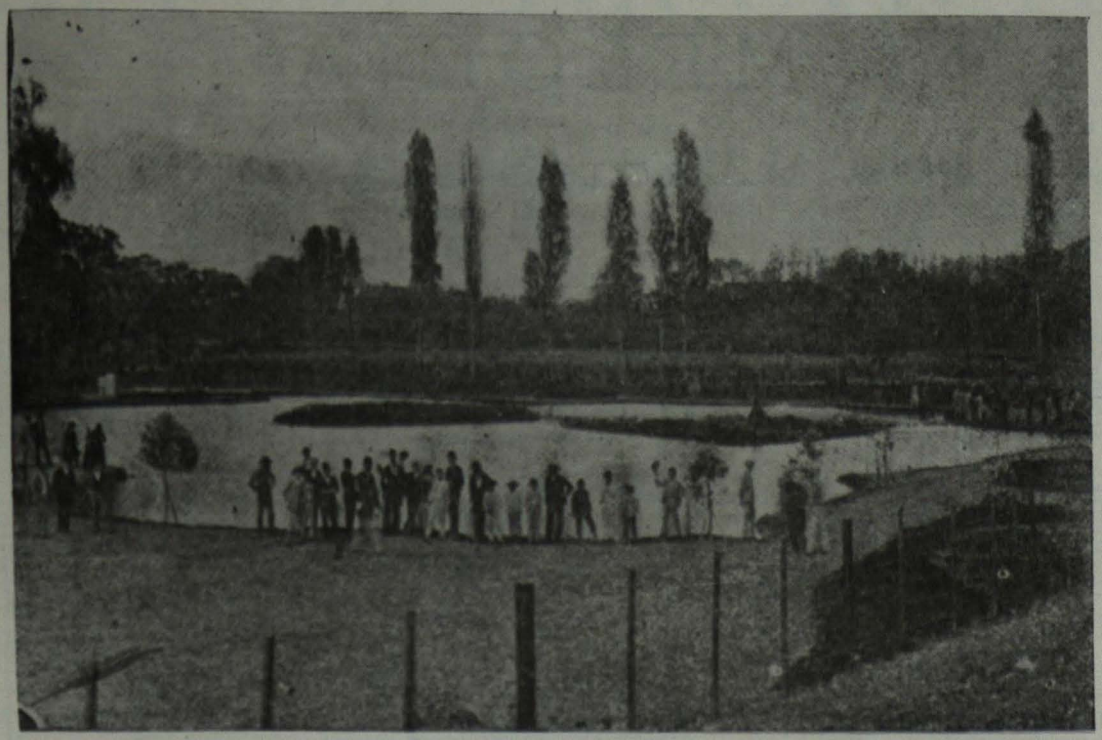
Era evidente que iban á renovarse las preguntas de Adela y de María.

La pobre Susanita, llena de inquietudes, se creía verdaderamente desgraciada.

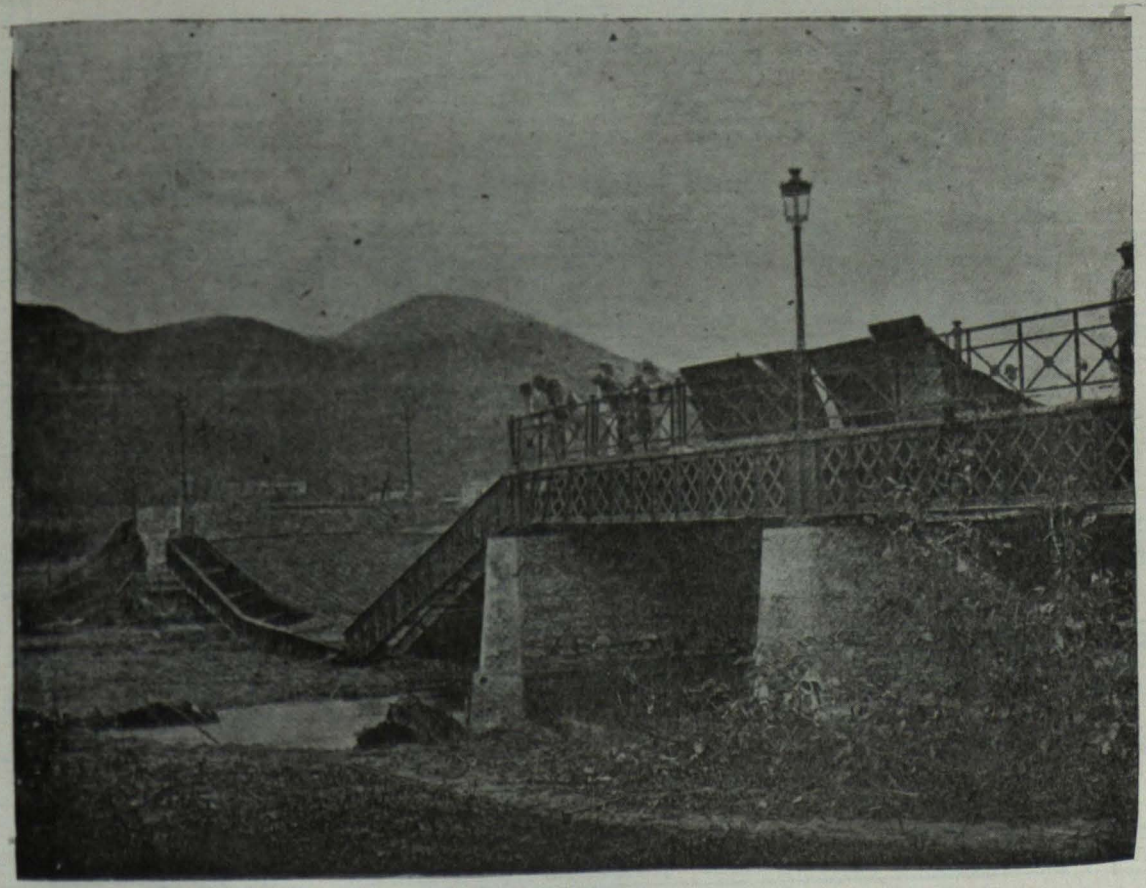
Las niñas la miraban fijamente, esperando sin duda que ella hablase.

Como ella nada decía, las otras se dirigieron

Continuará



CARACAS — Laguna del Paraiso



CARACAS — Puente del Paraiso despues de la creciente del Guaire

MELODIA

POR NARCISO SALICRUP

[Véase la letra en la página número 262]

